

# Portavoz de la Gracia

NÚMERO 51

## EXPIACIÓN

---

*“Pongo mi vida por las ovejas”.*

Juan 10:15

**Nuestro propósito**

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia de Dios en la salvación y promover santidad verdadera en el corazón y la vida”.*

# Portavoz de la Gracia

51

## Expiación

### Contenido

Carta pastoral .....	1
El acontecimiento más notable .....	3
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
El concilio eterno de Dios .....	7
<i>John Gill (1697-1771)</i>	
La intención de la muerte de Cristo .....	12
<i>John Owen (1616-1683)</i>	
Nuestra necesidad de expiación .....	16
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	
La naturaleza de la muerte de Cristo .....	22
<i>William S. Plumer (1802-1880)</i>	
La acción sacerdotal de Cristo .....	29
<i>Hugh Martin (1822-1885)</i>	
La propiciación de Cristo .....	35
<i>John Murray (1898-1975)</i>	
La sangre expiatoria de Cristo .....	37
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	
La redención de Cristo .....	43
<i>John Murray (1898-1975)</i>	
La exitosa muerte de Cristo .....	48
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	

Publicado por Chapel Library  
*Enviando por todo el mundo materiales centrados  
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2025 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

**En todo el mundo:** Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY  
2603 West Wright Street  
Pensacola, Florida 32505 USA  
*chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

*www.chapellibrary.org*

# CARTA PASTORAL

Queridos hermanos,

1 de febrero de 2025

**E**N su excelente obra, *La atracción de la cruz*, Gardiner Spring dijo: “Por la expiación cristiana, entiendo aquella satisfacción a la justicia divina, hecha por los sufrimientos y la muerte de Cristo, en lugar y representación de los pecadores, en virtud de la cual, la misericordia perdonadora es asegurada a todos los que creen en el Evangelio”. Ésta es una definición hermosa y concisa de la obra redentora de Cristo; sin embargo, estas son palabras de conflicto en gran parte del mundo religioso actual. La “satisfacción a la justicia divina, hecha por los sufrimientos y la muerte de Cristo”, implica propiciación y la ira de Dios. Los teólogos liberales y otros cristianos profesantes, rechazan vehementemente, tal noción. Del mismo modo, junto con “en lugar y representación de los pecadores”, implica sustitución penal y expiación vicaria, las cuales son acaloradamente debatidas y negadas por otros cristianos profesantes. Y, “en virtud de la cual, la misericordia perdonadora es asegurada a todos los que creen en el Evangelio”, implica elección y redención particular —doctrinas totalmente despreciadas por algunos evangélicos profesantes—. Se podría decir y extraer mucho más de esta definición tan teológicamente rica, pero la cuestión debería estar clara: Los cristianos profesantes no están de acuerdo en cuál es el designio, la intención y el logro de la muerte de Cristo. Esto es una tragedia, que se hace más clara cuando reflexionamos sobre la declaración de C. H. Spurgeon: “No creo que podamos predicar el Evangelio... a menos que prediquemos la soberanía de Dios en su dispensación de la gracia; ni a menos que exaltemos el amor electivo, inalterable, eterno, inmutable y conquistador de Jehová. Tampoco creo que podamos predicar el Evangelio, a menos que lo basemos en la redención especial y particular de su pueblo elegido y escogido, la cual Cristo llevó a cabo en la cruz”.

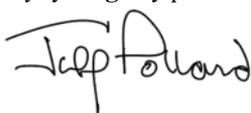
La declaración de Spurgeon armoniza con la definición de Spring. Sin embargo, ¿cuántos evangélicos profesantes, *especialmente* predicadores, estarían de acuerdo con ella? Demasiados han bebido, profundamente, en el pozo de un evangelio distorsionado (en el mejor de los casos) o herético (en el peor). Un escritor moderno ha dicho claramente: “El nuevo evangelio fracasa, notablemente, en producir una profunda reverencia, un profundo arrepentimiento, una profunda humildad, un espíritu de adoración, una preocupación por la Iglesia. ¿Por qué? Sugeriríamos que la razón radica en su propio carácter y *contenido*. No logra que los hombres centren sus pensamientos en Dios y teman a Dios en sus corazones porque esto *no es, principalmente, lo que intenta hacer*... Mientras que el objetivo principal del antiguo era enseñar a los hombres a adorar a Dios, la preocupación del nuevo parece limitarse a hacer que se *sientan mejor*”. En cuanto a los métodos y el contenido de la predicación moderna, él dice: “Es necesario decir con *énfasis* que este conjunto de medias

verdades retorcidas es *algo distinto del Evangelio bíblico*... Recuperar el antiguo, auténtico, Evangelio bíblico, y volver a alinear nuestra predicación y nuestra práctica con él, es quizá, nuestra necesidad actual más apremiante”. Amén. Chapel Library está de acuerdo. Y estas afirmaciones surgen, en última instancia, de la visión que uno tenga de la expiación de Cristo. Nosotros debemos preguntarnos: ¿Entienden, realmente, los predicadores y maestros modernos lo que están diciendo y por qué? ¿Cuál era el plan de Dios? ¿Cuál era, realmente, su intención? ¿Y qué logró Jesús, realmente, con su sangrienta muerte en la cruz del Calvario?

Con estas cosas en mente, presentamos el *Portavoz de la Gracia: “Expiación”*. Éste comienza con la introducción de A. W. Pink al acontecimiento más notable de la historia humana: La muerte de Cristo. A continuación, John Gill nos da un destello del concilio eterno de la Divinidad y del propósito de nuestro Dios soberano en la redención de los pecadores. Muchos están confundidos acerca de lo que Cristo logró porque nunca han considerado la intención de la muerte de Cristo: El artículo de John Owen nos ayuda a comprenderlo. Pero, ¿por qué es necesaria la expiación? J. C. Ryle aclara, abundantemente, nuestra necesidad y la provisión de Dios en Cristo. ¿Y cuáles son las características y la naturaleza de la expiación? William S. Plumer, arroja luz sobre esta cuestión vital, la naturaleza de la muerte de Cristo. Muchos de nosotros nunca hemos considerado, verdaderamente, la expiación de Cristo desde la perspectiva de su extraordinaria acción sumo sacerdotal; así que Hugh Martin nos ofrece un estudio bíblico de este excelso tema. John Murray distingue, concisamente, la propiciación y la expiación para nosotros, mientras que Octavius Winslow nos enseña a regocijarnos y aplicar la sangre derramada por Cristo a nuestras vidas. En un segundo artículo, John Murray explica de manera útil, el significado de la redención. Y, finalmente, Charles Spurgeon argumenta que la intención de Dios en la muerte de Cristo, no sólo se cumplió, sino que no podría haber sido de otra manera.

Amigos míos, su punto de vista sobre la expiación de Cristo, afecta la manera en que piensan acerca de Dios y su propósito eterno, la Persona y la obra de Cristo, la obra del Espíritu Santo y la manera en que predicamos el Evangelio —si es que, realmente, estamos *predicando* el Evangelio—. Oramos, fervientemente, para que cada lector considere la obra de Cristo como creemos que la Escritura la presenta y como algunos de los más grandes predicadores, evangelistas y misioneros que el mundo ha conocido, la han predicado. No todos estarán de acuerdo con el contenido de este Portavoz de la Gracia; pero que todos amemos, alabemos y adoremos al Dios soberano del cielo y de la tierra por la redención lograda en la expiación de Jesucristo, el Señor. Alabado sea el Señor Jesucristo por siempre: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Ap. 5:9).

Jeff Pollard



# EL ACONTECIMIENTO MÁS NOTABLE

Arthur W. Pink (1886-1952)

**L**A muerte de Cristo, el Hijo de Dios encarnado, es el acontecimiento más notable de toda la historia. Su singularidad fue demostrada de varias maneras. Siglos antes de que ocurriera, fue predicha con una asombrosa plenitud de detalles por aquellos hombres que Dios levantó en medio de Israel para dirigir sus pensamientos y expectativas hacia una revelación más plena y gloriosa de Sí mismo. Los profetas de Jehová describieron al Mesías prometido, no sólo como una persona de alta dignidad que realizaría maravillosos y benditos milagros, sino también como alguien que sería “despreciado y rechazado entre los hombres” (Is. 53:3), y cuyas obras y aflicciones terminarían con una muerte de vergüenza y violencia. Además, afirmaron que moriría, no sólo bajo la sentencia humana de ejecución, sino que “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento” (Is. 53:10), sí, que Jehová clamaría: “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hierre al pastor...” (Zac. 13:7).

Los fenómenos sobrenaturales que acompañaron la muerte de Cristo, la distinguen, claramente, de todas las demás muertes. El oscurecimiento del sol al mediodía sin ninguna causa natural, el terremoto que partió las rocas en pedazos y abrió las tumbas, y el rasgado del velo del templo de arriba hacia abajo, proclamaron que Aquel que estaba colgado en la cruz, no era una víctima cualquiera.

Así también, lo que siguió a la muerte de Cristo es, igualmente, digno de mención. Al tercer día de que su cuerpo había sido colocado en la tumba de José y el sepulcro fuera sellado con seguridad, Él, por su propio poder (Jn. 2:19; 10:18), rompió en pedazos los lazos de la muerte y se levantó triunfante de la tumba. Ahora, [Él] está vivo para siempre y tiene en sus manos las llaves de la muerte y del Hades (Ap. 1:18). Cuarenta días después, tras haberse aparecido una y otra vez en forma tangible<sup>1</sup> ante sus amigos, Él ascendió al cielo de en medio de sus discípulos. Diez días después, derramó el Espíritu Santo, por Quien fueron capacitados para publicar a los hombres de todas las naciones, en sus respectivas lenguas, las maravillas de su muerte y resurrección.

Como alguien ha dicho: “El efecto no fue menos sorprendente que los medios empleados para lograrlo. La atención de judíos y gentiles fue

---

<sup>1</sup> **Tangible** – Que tiene la capacidad de ser tocado o percibido a través del sentido del tacto.

despertada; multitudes fueron ganadas para que lo reconocieran como el Hijo de Dios y el Mesías; y una Iglesia fue formada, la cual, a pesar de la poderosa oposición y la cruel persecución, subsiste<sup>2</sup> hasta este momento presente. La muerte de Cristo fue el gran tema sobre el cual se ordenó a los apóstoles que predicaran, aunque se sabía de antemano que sería ofensivo para toda clase de hombres y, de hecho, hicieron de esto, el tema elegido de sus discursos. “Me propuse”, dijo Pablo, “no saber entre vosotros, cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado” (1 Co. 2:2)... En el Nuevo Testamento, su muerte es representada como un acontecimiento de la mayor importancia, como un hecho sobre el cual descansa el cristianismo, como el único motivo de esperanza para los culpables, como la única fuente de paz y consuelo, como el más poderoso de todos los motivos para estimularnos a mortificar<sup>3</sup> el pecado y dedicarnos al servicio de Dios<sup>4</sup>.

La muerte y la resurrección de Cristo, no sólo fueron el tema central de la predicación apostólica y el tema principal de sus escritos, sino que son recordadas y celebradas en el cielo. El tema de los cánticos de los redimidos en gloria es la Persona<sup>5</sup> y la sangre del Salvador: “Que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Ap. 5:12). “La expiación hecha por el Hijo de Dios es el principio de la esperanza del pecador rescatado y será el tema de su exultación<sup>6</sup> cuando arroje su corona ante el trono, entonando el cántico de Moisés y del Cordero”<sup>7</sup>.

Ahora, es evidente de todos estos hechos que hay algo peculiar en la muerte de Cristo, algo que la separa, inequívocamente, de todas las demás muertes y, por lo tanto, la hace digna de nuestra más diligente y reverente atención y estudio, en oración. Nos concierne<sup>8</sup>, por todo lo que es serio, solemne y saludable, tener conceptos justos y correctos de ella, con lo cual se quiere decir, no sólo que debemos saber cuándo ocurrió y en qué circunstancias se produjo, sino que debemos esforzarnos muy seriamente por [encontrar] cuál fue el *designio* del Salvador al someterse a morir en la cruz, por qué fue que Jehová lo hirió y, exactamente, lo que se logró con ello.

<sup>2</sup> **Subsiste** – Continua existiendo.

<sup>3</sup> **Mortificación** – Llevar a la muerte. Ver Portavoz de la Gracia N° 29: *Mortificación*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

<sup>4</sup> **John Dick**, Lecciones sobre teología (*Lectures on Theology*). Vol. 3 (Stoke-on-Trent: Tentmaker Publications, 2004), 95.

<sup>5</sup> Ver Portavoz de la Gracia N° 14: *La persona de Cristo*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

<sup>6</sup> **Exultación** – Júbilo, alborozo, regocijo.

<sup>7</sup> **James A. Haldane**, La doctrina de la expiación (*The Doctrine of the Atonement*), (William Whyte & Co., 1845).

<sup>8</sup> **Concierne** – Es apropiado para.

Pero al tratar de abordar un tema tan importante, tan maravilloso y, sin embargo, tan indescriptiblemente solemne, recordemos que esto exige un corazón lleno de asombro, así como un sentido de nuestra total indignidad. Tocar el borde mismo de las cosas santas de Dios, debería inspirar temor reverencial. Pero abordar los secretos más íntimos de su Pacto, contemplar los consejos eternos de la santísima Trinidad, esforzarse por comprender el significado de esa transacción única en el Calvario, la cual estuvo velada con oscuridad, exige un grado especial de gracia, temor y humildad, de enseñanza celestial y de humilde denuedo de fe... Cuando recordamos que la expiación es el tema más importante que puede ocupar la mente de hombres o ángeles; que no sólo asegura la felicidad eterna de todos los elegidos de Dios, sino que también da al universo la visión más completa de las perfecciones del Creador; que en ella “están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3), mientras que por ella se revelan las inescrutables riquezas de Cristo; que por medio de la misma Iglesia que ha sido comprada por ella, ahora es dada a conocer la multiforme sabiduría de Dios, a los principados y potestades en los lugares celestiales (Ef. 3:10) —entonces, ¡comprenderlo, correctamente, debe ser un momento supremo!—. Pero ¿cómo puede el hombre caído comprender estas verdades a las que su corazón depravado se opone tanto? Toda la fuerza del intelecto es menos que nada cuando intenta, en su propia fuerza, comprender las cosas profundas de Dios. Puesto que “no puede el hombre recibir *nada*, si no le fuere dado del cielo” (Jn. 3:27), es mucho más necesaria una iluminación especial del Espíritu Santo para que pueda penetrar en este altísimo misterio.

“Grande es el misterio de la piedad” (1 Ti. 3:16). ¡Aquella transacción que fue consumada en el Gólgota es asombrosa, más allá de toda concepción finita! Allí contemplamos al Príncipe de la Vida, muriendo. Allí contemplamos al Señor de la gloria, convertido en espectáculo de indescriptible vergüenza. Allí vemos al Santo de Dios, hecho pecado por su pueblo. Allí presenciamos al Autor de toda bendición, hecho maldición por los gusanos de la tierra. Es el misterio de misterios que Aquel que no es otro que Emanuel, se rebajara tanto como para unir la infinita majestad de la Deidad con el grado más bajo de humillación al que era posible descender. No podría haber descendido más bajo, siendo Dios. Bien dijo el puritano Sibbes: “Dios, para mostrarnos su amor, se mostró Dios en esto: Que podía ser Dios y descender tan bajo como para morir”<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Richard Sibbes (1577-1635), Las obras completas de Richard Sibbes (*The Complete Works of Richard Sibbes*). Vol. 5, 327.

Entonces, ¿a qué fuente podemos apelar en busca de luz, de comprensión, de una explicación e interpretación de la cruz? El razonamiento humano es fútil<sup>10</sup>, la especulación es profana, las opiniones de los hombres carecen de valor. Por lo tanto, estamos absolutamente limitados a lo que Dios se ha complacido en darnos a conocer en su Palabra...

El plan de redención, el oficio de nuestro Fiador<sup>11</sup> y la satisfacción que dio a las demandas de justicia contra nosotros, no tienen paralelo en las relaciones de los hombres entre sí. Somos llevados por encima de la esfera de las relaciones más elevadas de los seres creados a los [majestuosos] consejos del Dios eterno e independiente. ¿Traeremos nuestra propia medida para medirlos? Estamos en presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —uno en perfección, voluntad y propósito—. Si la justicia del Padre exige un sacrificio, el amor del Padre lo proporciona. Pero el amor del Hijo corre paralelo con el del Padre y, no sólo en el plan general, sino también en cada acto de éste, vemos el pleno y libre consentimiento del Hijo. En toda la obra, vemos el amor del Padre tan claramente manifestado como el amor del Hijo. Y de nuevo, vemos el amor del Hijo por la justicia y su odio por la iniquidad, tan claramente manifestados como los del Padre, en esa obra en la cual sería imposible decir si es más asombrosa la manifestación del amor o de la justicia. Al emprender el plan, oímos al Hijo decir con amoroso deleite: “He aquí, que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (He. 10:7, 9). Mientras contempla su conclusión, le oímos decir: “Por eso me ama mi Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar” (Jn. 10:17). Son uno en la gloriosa manifestación de las perfecciones comunes y en el gozo de todos los benditos resultados. El Hijo es glorificado por todo lo que es para gloria del Padre. Y mientras, en la consumación de este plan, la sabiduría de Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— será manifestada, como no podría haberlo sido de otra manera, a los principados y potestades en los lugares celestiales. El hombre en ruinas será exaltado en Cristo a alturas de gloria y bienaventuranza que, de otro modo, serían inalcanzables.

Tomado de *Estudios en las Escrituras*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

---

**A.W. Pink (1886-1952):** Pastor, maestro bíblico itinerante y autor. Nació en Nottingham, Inglaterra.




---

<sup>10</sup> **Fútil** – Inútil, vano, infructuoso.

<sup>11</sup> **Fiador** – Aquel que asume las responsabilidades o deudas de otro. Como nuestro Fiador, Cristo garantizó una plena satisfacción legal por nuestro pecado y nuestra liberación, al pagar nuestra deuda en la cruz del Calvario.

# EL CONCILIO ETERNO DE DIOS

John Gill (1697-1771)

**C**ONSIDERARÉ [ahora], las operaciones y transacciones entre las tres Personas divinas cuando estaban solas antes del inicio del mundo o de que existiera cualquier criatura. [Estas] son, principalmente, el *concilio*<sup>1</sup> y el *pacto*<sup>2</sup> de Dios respecto a la salvación de los hombres. Estos son mezclados, generalmente, por los teólogos... Pero yo creo que deben distinguirse y que el [*concilio*] debe considerarse como previo, preparatorio e introductorio al [*pacto*], aunque ambos [son] de fecha eterna.

Comenzaré con el *concilio* de Dios, celebrado entre las tres Personas divinas —Padre, Hijo y Espíritu— sobre el asunto de la salvación del hombre antes de que el mundo existiera... Para dar alguna prueba de que hubo un *concilio* entre las Personas divinas sobre la salvación de los hombres, un argumento en favor de esto puede extraerse del *propósito* de Dios, cuyos propósitos son todos llamados sus *consejos* porque están fundados en la más alta sabiduría (Is. 25:1). Ahora, el propósito de Dios respecto a la salvación de los hombres es la base y el fundamento del *concilio* celebrado al respecto, en cuyo propósito, así como en el *concilio*, están implicadas las tres Personas. En efecto, el plan de la salvación, que

---

<sup>1</sup> **Concilio y consejo** – El autor utiliza tanto *concilio* [*council*] como *consejo* [*counsel*], a lo largo de este artículo. Utiliza *concilio* para referirse a “una reunión para discutir y decidir algo”, y *consejo* para referirse a “lo que se debe hacer como resultado de la discusión”.

<sup>2</sup> Existen diferentes puntos de vista entre aquellos que creen en el propósito eterno de Dios de la salvación, a través de la Persona y la obra de Jesucristo. Algunos creen que el propósito eterno de Dios es expresado en dos pactos: (1) Un Pacto de Redención, que se hace en la eternidad entre los miembros de la Divinidad, el cual es el fundamento para (2) un Pacto de Gracia, que se hace en la historia entre Dios y sus elegidos (estos son: John Owen, Thomas Goodwin, Charles Hodge, R. L. Dabney, etc.). De aquellos que creen en el Pacto de Redención, algunos creen que es entre el Padre y el Hijo, mientras que otros incluyen a todos los miembros de la Trinidad. Sin embargo, algunos creen que el propósito eterno de Dios es expresado en un solo Pacto de Gracia, el cual tiene un aspecto *eterno* entre los miembros de la Trinidad y un aspecto *histórico* entre Dios y sus elegidos (estos son: Edmund Calamy, Thomas Boston, John Brown de Haddington, John Gill, Hugh Martin, Benjamin Keach, etc.). Para discusiones útiles sobre este tema, consulta Joel Beeke y Mark Jones, Una teología puritana (*A Puritan Theology*), Reformation Heritage Books, 237-278; Greg Nichols, Teología del pacto: Una perspectiva reformada y bautista sobre los pactos de Dios (*Covenant Theology: A Reformed and Baptist Perspective on God's Covenants*), Solid Ground Christian Books; David Gibson y Jonathan Gibson, Desde el cielo vino y la buscó (*From Heaven He Came and Sought Her*), Crossway Books, 201-223. El artículo de Gill no fue escogido porque CHAPEL LIBRARY apoye su punto de vista de un solo pacto, sino porque cubre de manera concisa, temas importantes sobre los que hay acuerdo general en cuanto al propósito eterno de Dios.

es “la multiforme sabiduría de Dios”, es “conforme al propósito eterno que [*Dios Padre*] hizo en Cristo Jesús nuestro Señor” (Ef. 3:10-11).

No sólo el Hijo estuvo al tanto de<sup>3</sup> este propósito o consejo y estuvo de acuerdo con él, sino también el Espíritu, Quien escudriña “aun lo profundo de Dios” (1 Co. 2:10) y lo aprueba, lo cual no son otros, sino los propósitos y consejos de su corazón.

Parece que se celebró una consulta sobre la salvación de los hombres a partir del Evangelio, el cual es una exposición y declaración del plan de salvación. [Éste] es llamado “el consejo de Dios” (Hch. 20:27) y “la sabiduría de Dios”, la sabiduría oculta predestinada antes de los siglos (1 Co. 2:6-7), pues no es otra cosa, en verdad, que una transcripción del *concilio* y pacto de la gracia. La suma y la sustancia de la palabra y el ministerio de la reconciliación es esa transacción eterna entre Dios y Cristo con respecto a ella... De que ha habido tal transacción entre el Padre y el Hijo, la cual puede llamarse el “consejo de paz” (Zac. 6:13) con bastante propiedad<sup>4</sup>, tenemos suficiente garantía en 2 Corintios 5:19: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”. Por el “mundo” se entiende a los elegidos de Dios, [a quienes] Él amó tanto que envió a su Hijo para ser el Salvador de ellos y por cuya vida, Cristo dio su carne (Jn. 3:16; 6:51). Y acerca de la paz y la reconciliación de aquellos, o de qué manera hacer la paz y la expiación<sup>5</sup> por ellos, Dios estaba en Cristo o con Cristo, consultando, ideando y planeando la estrategia de ello, la cual fue ésta: No imputarles sus pecados a ellos, sino a Cristo, ahora llamado a ser su Salvador. Esto contiene la suma de lo que entendemos por el *concilio* de paz.

Procedo... a observar que las tres Personas divinas —Padre, Hijo y Espíritu— y sólo ellas, estaban involucradas en este *concilio*:

<sup>3</sup> **Al tanto de** – Compartiendo el conocimiento de.

<sup>4</sup> **Propiedad** – Idoneidad; aptitud física.

<sup>5</sup> **Expiación** – Durante la última parte del siglo XIX, la palabra *expiación* llegó a ser comúnmente empleada para expresar lo que Cristo obró para la salvación de su pueblo. Pero antes de eso, el término utilizado desde los días de Anselmo (1274) y habitualmente empleado por todos los reformadores, era *satisfacción*. Es preferible el término más antiguo, primero, porque la palabra *expiación* es ambigua [*abierta a más de una interpretación*]. En el Antiguo Testamento, es usada para una palabra hebrea que significa “cubrir haciendo expiación [*remover la culpa del pecado*]”. En el Nuevo Testamento aparece sólo una vez (Ro. 5:11) y allí, se da como traducción de una palabra griega que significa “reconciliación”. Pero la reconciliación es el efecto de la obra expiatoria del pecado y propiciatoria a Dios de Cristo. Por otra parte, la palabra *satisfacción* no es ambigua. Siempre significa esa obra completa que Cristo hizo para asegurar la salvación de su pueblo, puesto que esa obra está relacionada con la voluntad y la naturaleza de Dios (A. W. Pink, *La satisfacción de Cristo: Estudios sobre la expiación* [*The Satisfaction of Christ: Studies in the Atonement*], 18).

**Jehová, el Padre.** La primera Persona en el orden de la naturaleza, aunque no del tiempo. Se puede suponer, razonablemente, que Él tomó la iniciativa en este asunto... Aquel que —con respecto a la creación del hombre, la propuso a las otras dos Personas— podría con gran propiedad, actuar para una consulta sobre su salvación. [Él] es el Anciano de días, en Quien está la sabiduría y Quien tiene consejo e inteligencia. Sí, [Él] es maravilloso en sus consejos, así como excelente en su obrar, e infinitamente apto para conducir un asunto de esta naturaleza (Job 12:12-13; Is. 28:29).

**Jehová, el Hijo,** tiene la misma sabiduría, consejo y entendimiento que su Padre porque todo lo que [el Padre] tiene es suyo, ni Cristo estima el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse (Fil. 2:6). Él es la sabiduría misma... Él posee la sabiduría consumada<sup>6</sup>. En Él, incluso como Mediador,<sup>7</sup> están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento. Él mismo dice: “Conmigo está el consejo y el buen juicio” (Pr. 1:20; 8:14; Col. 2:3). Sí, se le llama “Admirable Consejero” (Is. 9:6), lo cual, no sólo se refiere a su capacidad y habilidad para dar el mejor consejo y asesoramiento a los hombres, como lo hace, sino para asistir en el *concilio* de Dios mismo... Cristo, el Hijo de Dios, fue como uno criado con su divino Padre y, reposando en su seno, estaba al tanto de sus designios y debía estar en su *concilio*. En todos los sentidos, [Cristo] era apto para ello.

**El Espíritu Santo** tenía que ver con este *concilio* y era digno de participar en él... Él, no sólo es el Espíritu de sabiduría para los hombres,... sino que es el Espíritu de sabiduría, de inteligencia, de consejo y de conocimiento *para* Cristo y que reposa *sobre* Él como Mediador (Is. 11:2). Por lo tanto, [Él] debe ser una Persona muy apropiada para participar con el Padre y el Hijo en este gran *concilio*. Porque nunca se celebró un *concilio* como éste, entre tales Personas, y en un momento y asunto tan interesante. El cual... será considerado a continuación, más particular y distintamente.

Ahora, el asunto consultado no era, meramente, la salvación de los hombres, ni quiénes debían ser las personas que debían ser salvas por ella... Sino [que se trataba] de quién debía ser el Salvador o el autor de

---

<sup>6</sup> **Consumada** – Perfecta.

<sup>7</sup> **Mediador** – Un intermediario. “Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el Mediador entre Dios y el hombre; Profeta, Sacerdote y Rey; Cabeza y Salvador de la Iglesia, el heredero de todas las cosas y Juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que a su tiempo, lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara” (*Confesión de Fe Bautista de Londres de 1689*. 8.1). Ver también, Portavoz de la Gracia N° 23: *Cristo el Mediador*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

esta salvación. Ni los hombres, ni los ángeles habrían podido nunca idear, descubrir y decidir quién sería la persona adecuada para esta obra: Éste fue el asunto de este gran concilio.

Por el decreto de la elección, los vasos de misericordia fueron preparados para la gloria o fueron ordenados para la vida eterna. Dios resolvió tener misericordia de ellos y salvarlos... El caso es el siguiente: Estaba en los pensamientos de Jehová, el Padre, salvar a los hombres por medio de su Hijo. Él, en su infinita sabiduría, vio [a su Hijo como] la persona más apta para esta obra y en su propia mente lo eligió para ello... Ahora, en el concilio eterno, se dirigió a su Hijo y se lo propuso como el paso más aconsejable que se podía dar para llevar a cabo la salvación designada. [Su Hijo] lo aceptó de buen grado y dijo: “He aquí, que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (He. 10:7) de Salmos 40:7-8. El Espíritu Santo expresó la aprobación<sup>8</sup> de Él como la persona más idónea para ser el Salvador, uniéndose al Padre en su misión, como se ha observado antes, y formando su naturaleza humana en el tiempo, y llenándola con sus dones y gracias sin medida (Jn. 3:34). El placer y la satisfacción que las tres Personas divinas tuvieron en este asunto, así aconsejado, consultado y aprobado, se ve y observa con toda claridad, en el bautismo de nuestro Señor (Mt. 3:16-17).

Pero en este concilio, no sólo se consultó quién debía ser el Autor de la salvación, sino también de qué modo y manera debía efectuarse — tanto para la seguridad de los hombres como para el despliegue de la gloria de las perfecciones divinas—.

Ahora, debe observarse que los elegidos de Dios —las personas que habían de ser salvas— fueron considerados en esta transacción como criaturas caídas, lo que supone la salvación por Cristo; como pecadores en Adán, sobre los que recayó el juicio para condenación; y como detestables, según las maldiciones de la justa Ley y los reproches de la justicia divina. Por tanto, se debe hacer *satisfacción* a la Ley y la justicia de Dios: La Ley debe ser cumplida y la justicia satisfecha mediante una expiación.

Así se le hizo saber al Salvador encontrado, Quien lo aprobó como algo sumamente conveniente. Por lo tanto, Dios, en su gracia, dice: “Que hallo redención” (Job 33:24). Ésta fue hallada por la infinita sabiduría en este concilio y, mientras que este rescate<sup>9</sup>, satisfacción y expiación, debían hacerse obedeciendo los preceptos de la Ley y por el sufrimiento de la muerte, como la pena de ella, la Ley requería esto de quien la transgredía: “Ciertamente morirás” y lo mismo del Fiador. Por lo tanto, puesto que

---

<sup>8</sup> **Aprobación** – Confirmación oficial.

<sup>9</sup> **Rescate** – Liberación mediante el pago de un precio.

era necesario que el Capitán y Autor de la salvación fuera perfeccionado mediante sufrimientos al llevar a muchos hijos a la gloria, era apropiado que asumiera una naturaleza en la que fuera capaz de obedecer y sufrir—incluso una naturaleza del mismo tipo que la que pecó—. Esto fue notificado en el concilio al Hijo de Dios, y Él lo aprobó como correcto y adecuado, y dijo: “Me preparaste cuerpo” (He. 10:5)—una naturaleza humana completa, en propósito—y ahora, en el concilio, [Él] dio a entender que estaba listo para asumirla a su debido tiempo.

Además, se consideró apropiado y aconsejable que la naturaleza humana asumida fuera santa y pura de pecado para que pudiera ser ofrecida sin mancha a Dios y ser un sacrificio para quitar el pecado, lo cual no podría ser si fuera pecaminosa. Ahora, aquí surge una dificultad, cómo podría [tenerse] tal naturaleza, puesto que la naturaleza humana estaría contaminada por el pecado de Adán. “¿Quién hará limpio a lo inmundo?” (Job 14:4). La sabiduría infinita superó esta dificultad proponiendo que el Salvador naciera de una virgen; que esta naturaleza individual que iba a ser asumida, no descendiera de Adán por generación ordinaria, sino que fuera formada de manera extraordinaria por el poder del Espíritu Santo. Esto fue aprobado en el concilio, tanto por el Hijo como por el Espíritu, dado que el uno asumió, de buena gana, esta naturaleza de esta manera y el otro la formó.

Una vez más, pareció necesario que esta naturaleza fuera asumida en unión personal con el Hijo de Dios o que el Salvador fuera Dios y hombre en una sola persona; que fuera hombre para que pudiera tener algo que ofrecer y así, hacer la reconciliación por los pecados del pueblo; y que fuera Dios para dar virtud a sus obras y sufrimientos, para hacerlos eficaces a los propósitos de ellos y para que, diariamente, fuera un Mediador idóneo entre Dios y los hombres [para] cuidar de las cosas que pertenecen a ambos.

En resumen, el asunto... consultado entre las tres Personas divinas fue la paz y la reconciliación de los elegidos de Dios por Cristo, y el modo y manera de hacerlo. Por lo tanto, como se ha observado antes, esta transacción puede llamarse con gran propiedad, el concilio de paz.

Tomado de *Un cuerpo completo de divinidad doctrinal deducido de las Escrituras*  
(*A Complete Body of Doctrinal Divinity Deduced from the Scriptures*),  
Baptist Standard Bearer, [www.standardbearer.org](http://www.standardbearer.org).

---

**John Gill (1697-1771):** Ministro bautista, teólogo y erudito bíblico. Nació en Kettering, Northamptonshire, Inglaterra.



# LA INTENCIÓN DE LA MUERTE DE CRISTO

John Owen (1616-1683)

**P**OR el fin<sup>1</sup> de la muerte de Cristo, entendemos en general, primero, lo que su Padre y Él pretendían *en* ella; y, segundo, lo que se cumplió y realizó, efectivamente, *por* ella. Con respecto a ambas cosas, podemos considerar, brevemente, las expresiones usadas por el Espíritu Santo.

¿Conoces el fin y la intención por los que Cristo vino al mundo? Preguntémosle a Él, Quien conocía su propia mente [y] todos los secretos del seno de su Padre, y Él nos dirá que “el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que se había perdido” (Mt. 18:11) —a recuperar y salvar a los pobres pecadores perdidos—. Esa fue su intención y designio como se afirma de nuevo [en] Lucas 19:10. Pregunta también a sus apóstoles, quienes conocen la mente de Él y te dirán lo mismo. Como Pablo: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Ti. 1:15).

Ahora, si preguntaras quiénes son estos pecadores hacia quienes Él tiene esta intención y propósito de gracia, Él te dice que vino a “dar su vida en rescate por *muchos*” (Mt. 20:28) —en otros lugares, nos llamó a *nosotros*, creyentes, distinguiéndonos del mundo— porque Él “se dio a sí mismo por *nuestros* pecados, para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre” (Gá. 1:4). Esa fue la voluntad y la intención de Dios, que Él se entregara a Sí mismo por *nosotros* para que seamos salvos, separados del mundo. Ellos son su *Iglesia*: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Ef. 5:25-27). [Las] últimas palabras expresan también el objetivo y el fin mismo de Cristo al entregarse a Sí mismo por muchos: que sean hechos *aptos* para Dios y llevados cerca de Él. Lo mismo se afirma también: “Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Ti. 2:14).

Así de clara y evidente, es la intención y el designio de Cristo y de su

---

<sup>1</sup> **Fin** – El resultado previsto de una acción; logro de un propósito; meta.

Padre en esta gran obra —cuál era y hacia quiénes— a saber, salvarnos, librarnos del mundo malo, purificarnos y lavarnos, hacernos santos, celosos, fructíferos en buenas obras, hacernos *aceptables* y llevarnos a Dios porque, por medio de Él, “tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes” (Ro. 5:2).

Además, el efecto y el producto real de la obra misma —o lo que se logra y se cumple mediante la muerte, el derramamiento de sangre o la oblación<sup>2</sup> de Jesucristo— no se manifiesta menos claramente, sino que se expresa más plenamente y, muy a menudo, más distintivamente [por lo siguiente]:

**Primero, la reconciliación** con Dios, aboliendo y matando la enemistad que había entre Él y nosotros porque “siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Ro. 5:10). “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Co. 5:19). Sí, Él “nos reconcilió consigo mismo por Cristo” (2 Co. 5:18). Si quieres saber cómo se efectuó esta reconciliación, el Apóstol te dice que [Él], “aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Ef. 2:15-16), de modo que “él es nuestra paz” (Ef. 2:14).

**Segundo, la justificación**<sup>3</sup> al quitar la culpa de los pecados, procurando<sup>4</sup> la remisión y el perdón de ellos, redimiéndonos de su poder con la maldición y la ira que nos corresponde por ellos porque, “por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (He. 9:12). “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gá. 3:13). “Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 P. 2:24). “Por cuanto todos” pecamos y estamos “destituídos de la gloria de Dios”; pero somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Ro. 3:23-25). Porque en Él “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Col. 1:14).

<sup>2</sup> **Oblación** – Ofrenda a Dios de algo valioso o precioso.

<sup>3</sup> **Justificación** – La justificación es un acto de la gracia de Dios, en el que Él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos delante de Él, sólo por la justicia de Cristo imputada a nosotros y recibida solo por fe (*Catecismo de Spurgeon*, Pregunta 32) y ver Portavoz de la Gracia N° 4: *Justificación*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

<sup>4</sup> **Procurar** – Obtener con especial cuidado o esfuerzo.

**Tercero, la santificación**<sup>5</sup> mediante la purificación de la inmundicia y contaminación de nuestros pecados, renovando en nosotros la imagen de Dios y suministrándonos las gracias del Espíritu de santidad. Porque “la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo” (He. 9:14). Sí, “la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7). “Habiendo [Él] efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo” (He. 1:3). “Para santificar al pueblo mediante su propia sangre, [Él] padeció fuera de la puerta” (He. 13:12). Se entregó por la Iglesia para santificarla y purificarla, a fin de que fuese santa y sin mancha (Ef. 5:25-27). Particularmente, entre las gracias del Espíritu, “a vosotros os es concedido a causa de Cristo... que creáis en él” (Fil. 1:29), bendiciéndonos Dios en Él con “toda bendición espiritual en los lugares celestiales” (Ef. 1:3).

**Cuarto, la adopción**<sup>6</sup> con esa libertad evangélica y todos esos privilegios gloriosos que corresponden<sup>7</sup> a los hijos de Dios porque “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gá. 4:4-5).

**Quinto,** tampoco descansan aquí los efectos de la muerte de Cristo. No nos abandonarán hasta que estemos establecidos en el cielo en gloria e inmortalidad para siempre. Nuestra herencia es una “posesión adquirida” (Ef. 1:14). “Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna” (He. 9:15). La suma de todo es [esto]: La muerte y el derramamiento de la sangre de Jesucristo han obrado y obtienen, eficazmente para todos los que están implicados en ella, la redención eterna, que consiste en la gracia aquí y la gloria en el más allá.

¡Así de completas, claras y evidentes son las expresiones de la Escritura acerca de los *finés* y *efectos* de la muerte de Cristo, que cualquiera pensaría que todos podrían correr a leerlas! Pero debemos detenernos: Entre todas las cosas de la religión cristiana, no hay casi nada más cuestionado que esto, lo cual parece ser el principio más fundamental. Hay una extendida

<sup>5</sup> **Santificación** – La santificación es la obra del Espíritu de Dios, por la cual somos renovados en todo a imagen de Dios y nos vamos capacitando, más y más, para morir al pecado y vivir para Dios (*Catecismo de Spurgeon*, Pregunta 34). Ver también, Portavoz de la Gracia N° 35: *Santificación y Santificación* de J.C. Ryle. Todos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

<sup>6</sup> **Adopción** – La adopción es un acto de la gracia de Dios, por el cual somos contados entre los salvos y tenemos derecho a todos los privilegios de los hijos de Dios (*Catecismo de Spurgeon*, Pregunta 33). Disponible en CHAPEL LIBRARY.

<sup>7</sup> **Corresponden** – Pertenecen como un privilegio a.

persuasión de que Cristo pagó un *rescate general* por todos; que murió para redimir a *todos y cada uno* —no sólo por *muchos*, su *Iglesia*, los *elegidos* de Dios, sino también por todos los de la posteridad de Adán—.

Ahora, los maestros de esta opinión aceptan muy bien y fácilmente que si *éste* es el *fin* de la muerte de Cristo que hemos afirmado desde la Escritura, si los antes relatados son los *frutos y productos* inmediatos de la misma, entonces, una de estas dos cosas se seguirá necesariamente: O bien, en primer lugar, Dios y Cristo *fracasaron* en el fin que se propusieron y no lograron lo que se proponían —al no ser la muerte de Cristo un *medio* adecuadamente proporcionado para la consecución de ese fin— ... Afirmar [esto] nos parece una blasfemia injuriosa a la sabiduría, el poder y la perfección de Dios, como, igualmente, despectivo<sup>8</sup> con el mérito y el valor de la muerte de Cristo. O bien, todos los hombres, toda la posteridad de Adán, *deben ser salvados*, purificados, santificados y glorificados, lo que, seguramente, ellos no sostendrán. Al menos, la Escritura y la lamentable experiencia de millones de personas no lo permitirán.

Por lo tanto, para dar un matiz tolerable a su persuasión, ellos deben negar, y de hecho lo hacen, que Dios o su Hijo tuvieran tal objetivo o fin absoluto en la muerte o derramamiento de sangre de Jesucristo, o que tal cosa fuera inmediatamente procurada y comprada por ella como relatamos antes. Pero que Dios no tuvo ninguna intención, ni que Cristo efectuó nada, que ningún beneficio surge para nadie inmediatamente por su muerte, sino algo común a todos y a cada alma —aunque nunca tan malditamente incrédula aquí y eternamente condenada después— hasta que un acto de algunos, el cual Cristo no procuró para ellos (porque si lo fuera, ¿por qué no lo tienen todos por igual?), a saber, *la fe*, los distinga de los demás. Ahora, me parece que esto [debilita] la virtud, el valor, los frutos y los efectos de la satisfacción y muerte de Cristo —sirviendo, además, de base y fundamento a una persuasión peligrosa, incómoda y errónea—. Con la ayuda del Señor, declararé lo que la Escritura sostiene en ambas cosas, tanto la afirmación que se pretende probar como la que se aporta para probarla; deseando que el Señor, por su Espíritu, nos guíe a toda la verdad, nos dé entendimiento en todas las cosas y, si alguien piensa de otra manera, se lo revele a él también.

Tomado de La muerte de la muerte en la muerte de Cristo en Las obras de John Owen (*The Death of Death in the Death of Christ in The Works of John Owen*). Vol. 10, 157-160, The Banner of Truth Trust, [www.banneroftruth.org](http://www.banneroftruth.org).

---

**John Owen (1616-1683):** Pastor congregacional y teólogo inglés.

---

<sup>8</sup> **Despectivo** – Mostrar una actitud irrespetuosa o una baja opinión.

# NUESTRA NECESIDAD DE EXPIACIÓN

J. C. Ryle (1816-1900)

*“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).*

**L**OS pecados del hombre son muchos y grandes. Es de suma importancia que estos pecados sean limpiados. La culpa del hombre ante los ojos de Dios es enorme. El peligro que corre el hombre de ir al infierno después de su muerte es inminente<sup>1</sup> y tremendo. ¡Sin embargo, el hombre no puede limpiar sus propios pecados! Está escrito y es verdad: “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado” (Ro. 3:20).

**(a) No limpiarás tus pecados *el sentirte mal por ellos*.** Puedes lamentarte por tu maldad pasada y humillarte en cilicio<sup>2</sup> y ceniza. Puedes derramar ríos de lágrimas y reconocer tu propia culpa y peligro. Tú puedes hacerlo, debes hacerlo, deberías hacerlo. Pero con esto no borrarás tus transgresiones del libro de Dios. EL DOLOR NO PUEDE HACER EXPIACIÓN POR EL PECADO.

El criminal condenado en un tribunal de justicia, a menudo, se arrepiente de sus delitos. Ve la miseria y la ruina que le han acarreado. Se lamenta de su insensatez al no escuchar los consejos y ceder a la tentación. Pero el juez no lo deja en libertad porque él se sienta mal por eso. El hecho se ha cometido, la ley se ha quebrantado; la pena se ha impuesto<sup>3</sup>. El castigo debe ser aplicado, a pesar de las lágrimas del criminal. Ésta es, precisamente, tu posición a los ojos de Dios. Tu dolor es justo, bueno y apropiado. Pero tu dolor *no* tiene ningún poder para limpiar tus pecados. Se necesita algo más que penitencia<sup>4</sup> para quitar la carga de tu corazón.

**(b) No limpiarás tus pecados *el enmendar tu vida*.** Puedes reformar tu conducta y pasar la página. Puedes dejar muchos malos hábitos y adoptar muchos buenos. Puedes convertirte, en resumen, en un hombre cambiado en todo su comportamiento exterior. Tú puedes hacerlo, debes hacerlo, deberías hacerlo. Sin tal cambio, ningún alma fue jamás

---

<sup>1</sup> **Inminente** – A punto de suceder.

<sup>2</sup> **Cilicio** – Tela burda hecha de pelo de cabra, usada para confeccionar sacos o bolsas, cuyo uso humilde e incomodidad, manifestaban humillación, luto y arrepentimiento.

<sup>3</sup> **Impuesto** – Traído sobre uno mismo.

<sup>4</sup> **Penitencia** – Dolor o remordimiento por haber hecho algo malo.

salvada. Pero el hacerlo, no borrará ni una partícula de tu culpa a los ojos de Dios. UNA REFORMA<sup>5</sup> NO HACE EXPIACIÓN POR EL PECADO.

El comerciante en bancarrota, que debe diez mil libras y no tiene ni diez chelines para pagar, puede resolver convertirse en un personaje reformado. Después de haber malgastado todos sus bienes en una vida desenfadada, puede volverse firme, moderado y respetable. Está muy bien y es apropiado que así sea, pero esto no satisfará las reclamaciones de aquellos a quienes debe dinero. Una vez más, repito, éste es, precisamente, tu caso por naturaleza a los ojos de Dios. A Él le debes diez mil talentos<sup>6</sup> y no tienes “con qué pagar” (Lc. 7:42). Las enmiendas<sup>7</sup> de hoy están todas muy bien, pero no borran las deudas de ayer. Se requiere algo más que enmienda y reforma para darle un corazón iluminado y liberar su conciencia.

(c) **No limpiarás tus pecados el volverte *diligente en el uso de las formas y ordenanzas de la religión***. Puedes alterar tus hábitos acerca del domingo y asistir a los servicios desde la mañana hasta la noche. Tú puedes esforzarte por escuchar la predicación, tanto los días de semana como los domingos. Puedes recibir la Cena del Señor en todas las ocasiones posibles, dar limosna<sup>8</sup> y hacer ayuno. Todo esto está muy bien hasta donde lo puedas hacer. Es correcto y apropiado cumplir con los deberes religiosos. Pero todos los medios de gracia del mundo, no te servirán de nada mientras confíes en ellos como salvadores. No vendarán las heridas de tu corazón ni te darán paz interior. LA FORMALIDAD<sup>9</sup> NO PUEDE HACER EXPIACIÓN POR EL PECADO...

(d) **No limpiarás tus pecados *el buscar ayuda en el hombre***. No está en el poder de ningún hijo de Adán, salvar el alma de otro. Ningún obispo, ningún sacerdote, ningún hombre ordenado de ninguna iglesia o denominación tiene poder para perdonar los pecados: Ninguna absolución<sup>10</sup> humana, por muy solemnemente conferida que sea, puede purificar la conciencia que no ha sido purificada por Dios. Es bueno pedir consejo a los ministros del Evangelio cuando la conciencia está confusa. Es su oficio ayudar a los que están fatigados y cargados, y mostrarles el camino de la paz. Pero no está en el poder de ningún ministro, librar a nadie de

---

<sup>5</sup> **Reforma** – Mejorar o corregir la propia conducta moral.

<sup>6</sup> **Talentos** – Originalmente, un talento era una medida de peso, cuyo tamaño variaba de un país a otro. Llegó a significar una gran unidad de dinero, cuyo valor variaba según el metal involucrado, ya fuera oro, plata o cobre.

<sup>7</sup> **Enmiendas** – Cambios o correcciones de comportamiento; auto-reforma.

<sup>8</sup> **Limosna** – Dinero o bienes dados a los pobres, especialmente como un deber religioso.

<sup>9</sup> **Formalidad** – Observar cuidadosamente los deberes religiosos.

<sup>10</sup> **Absolución** – Perdón de pecados declarado por una autoridad eclesiástica.

su culpa. Sólo podemos mostrar el camino que debe seguirse; sólo podemos señalar la puerta a la que todos deben llamar. Se requiere una mano mucho más fuerte que la del hombre para quitar las cadenas de la conciencia y liberar al prisionero. NINGÚN HIJO DE ADÁN PUEDE QUITAR LOS PECADOS DE SU HERMANO.

El arruinado que pide a otro arruinado que le ayude a levantar de nuevo su negocio, no hace más que perder el tiempo. El indigente que se dirige a un vecino indigente y le ruega que le ayude a salir de las dificultades, no hace más que esforzarse en vano. El prisionero no suplica a su compañero de prisión que lo libere; el marinero náufrago no llama a su camarada náufrago para que lo lleva a salvo a tierra. La ayuda, en todos estos casos, debe venir de otra parte; el alivio, en todos estos casos, debe buscarse de otra mano. Lo mismo sucede con la purificación de los pecados. Mientras lo busques en el hombre, sea un hombre ordenado o un hombre no ordenado, *lo buscas donde no puede ser encontrado...* No está en el poder de ningún hombre en la tierra o en el cielo, quitar la carga del pecado del alma de otro hombre. “Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate” (Sal. 49:7).

Miles de personas, en todas las épocas, han tratado de limpiarse de sus pecados de las maneras que acabo de describir y lo han intentado en vano. Miles, no lo dudo, lo están intentando en este mismo momento y se encuentran a sí mismos [con que] “nada [les] había aprovechado, antes les iba peor” (Mr. 5:26). Están trepando por un escarpado precipicio<sup>11</sup> de hielo, esforzándose duramente y, sin embargo, retrocediendo con la misma rapidez con que suben. Están vertiendo agua en un barril lleno de agujeros, trabajando afanosamente y, sin embargo, no están más cerca del final de su trabajo que cuando empezaron. Están remando un bote contra una corriente rápida, moviendo el remo diligentemente, pero en realidad, perdiendo terreno cada minuto. Están tratando de levantar un muro de arena suelta, desgastándose por el cansancio y, sin embargo, ven cómo su trabajo cae sobre ellos con la misma rapidez con la que lo levantan. Se esfuerzan por sacar el agua de un barco que se hunde; [pero] el agua les gana y pronto se ahogarán. Tal es la experiencia en todas partes del mundo de todos aquellos que piensan limpiarse ellos mismos de sus pecados.

Advierto a todos los lectores de este [artículo] que tengan cuidado con los curanderos de la religión. Cuidense de suponer que la penitencia, la reforma, la formalidad y el sacerdocio<sup>12</sup> podrán, *alguna vez*, darte paz

<sup>11</sup> **Precipicio** – Un acantilado con una pendiente muy pronunciada.

<sup>12</sup> **Sacerdocio** – El ejercicio de funciones sacerdotales.

con Dios. No pueden hacerlo. No está en ellos. El hombre que dice que sí puede hacerlo, debe ser ignorante de dos cosas: No puede conocer la longitud y la amplitud de la pecaminosidad humana; y no puede comprender la altura y la profundidad de la santidad de Dios. Nunca existió hombre o mujer en la tierra que tratara de limpiarse de sus pecados y al hacerlo, obtuviera alivio.

Si has descubierto esta verdad por experiencia, sé diligente para impartirla a otros. Muéstrales tan claramente como puedas, su culpabilidad y peligro por su naturaleza. Diles con no menos claridad, la inmensa importancia de que sus pecados sean perdonados y limpiados. Pero luego, adviérteles que no pierdan el tiempo buscando ser limpiados de maneras ilegítimas...

**La [siguiente] observación que tengo que hacer es ésta: *La sangre de Jesucristo puede limpiar todos nuestros pecados.*** Comienzo esta parte de mi [artículo] con un corazón agradecido. Bendigo a Dios porque, después de exponer ante mis lectores la naturaleza mortal de su enfermedad espiritual, puedo presentarles un remedio todopoderoso. Pero estimo necesario, detenerme unos minutos en este remedio. Una cosa de tan maravillosa eficacia<sup>13</sup> como esta “sangre” debe comprenderse claramente. No debe haber vaguedad ni misterio en tus ideas acerca de ella. Cuando oyes hablar de la “sangre de Cristo”, debes comprender, completamente, lo que significa esta expresión.

La sangre de Cristo es la sangre de vida que el Señor Jesús derramó cuando murió por los pecadores en la cruz. Es la sangre que fluyó tan libremente de su cabeza traspasada con espinas, sus manos y pies traspasados con clavos, y su costado traspasado con una lanza, en el día en que fue crucificado y asesinado. Es muy probable que la cantidad de esa sangre haya sido pequeña. La apariencia de esa sangre era, sin duda, como la nuestra. Pero nunca, desde el día en que Adán fue formado del polvo de la tierra, se había derramado una sangre de tan profunda importancia para toda la familia de la humanidad.

**Era sangre que había sido *pactada y prometida desde hacía mucho tiempo.*** En el día en que el pecado entró en el mundo, Dios se comprometió, misericordiosamente, a que la Simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15). Uno nacido de mujer aparecería un día y libraría a los hijos de Adán del poder de Satanás. Esa Simiente de la mujer fue nuestro Señor Jesucristo. El día que sufrió en la cruz, triunfó sobre Satanás y logró la redención de la humanidad. Cuando

---

<sup>13</sup> **Eficacia** – Capacidad para producir un efecto deseado; efectividad.

Jesús derramó su sangre de vida en la cruz, la cabeza de la serpiente fue herida y la antigua promesa se cumplió.

**Era sangre que durante mucho tiempo había sido tipificada y prefigurada.** Cada sacrificio ofrecido por los patriarcas era un testimonio de su fe en un sacrificio mayor, aún por venir. Cada derramamiento de sangre de corderos y machos cabríos bajo la Ley Mosaica, tenía por objeto prefigurar la muerte del verdadero Cordero de Dios por el pecado del mundo. Cuando Cristo fue crucificado, estos sacrificios y tipos recibieron su pleno cumplimiento. El verdadero sacrificio por el pecado fue, finalmente, ofrecido; la verdadera sangre expiatoria fue, finalmente, derramada. A partir de ese día, las ofrendas de la Ley Mosaica ya no fueron necesarias. Su trabajo estaba hecho. Como los viejos almanaques, podían dejarse de lado para siempre.

**Era la sangre de mérito y valor infinito a los ojos de Dios.** No era la sangre de alguien que no era más que un hombre singularmente santo, sino de alguien que era el propio “Compañero” de Dios (Zac. 13:7), Dios verdadero de Dios verdadero. No era la sangre de uno que murió involuntariamente como mártir de la verdad, sino de Uno que, voluntariamente, se comprometió a ser el Sustituto<sup>14</sup> y Apoderado<sup>15</sup> de la humanidad para llevar sus pecados y cargar con sus iniquidades. Hizo expiación por las transgresiones del hombre; pagó la enorme deuda del hombre con Dios; proporcionó un camino de justa reconciliación entre el hombre pecador y su santo Hacedor; hizo un camino del cielo a la tierra, por el cual Dios podía descender hacia el hombre y mostrar misericordia; hizo un camino de la tierra al cielo por el cual el hombre podía acercarse a Dios y, sin embargo, no sentir miedo. Sin ella [la sangre], no habría habido remisión de los pecados. Por medio de ella, Dios puede ser “justo, y el que justifica” (Ro. 3:26) a los impíos. De ella, se ha formado una fuente en la que los pecadores pueden lavarse y quedar limpios para toda la eternidad.

Esta maravillosa sangre de Cristo aplicada a tu conciencia, puede limpiarte de todo pecado. No importa cuáles hayan sido tus pecados: “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Is. 1:18). De los pecados de la juventud y de los pecados de la vejez, de los pecados de la ignorancia y de los pecados del conocimiento, de los pecados del libertinaje<sup>16</sup> manifiesto y de los pecados de vicios secretos, de los pecados contra la ley y de los pecados contra el Evangelio, de los

---

<sup>14</sup> Ver Portavoz de la Gracia N° 9: *Sustitución*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

<sup>15</sup> **Apoderado** – Una persona designada o autorizada para actuar en lugar de otra; sustituto.

<sup>16</sup> **Libertinaje** – Inmoralidad descarada.

pecados de la cabeza, del corazón, de la lengua, del pensamiento y de la imaginación, de los pecados contra todos y cada uno de los Diez Mandamientos —de *todos* ellos— la sangre de Cristo puede liberarnos. Con este fin fue designada; por esta causa fue derramada; con este propósito, sigue siendo una fuente abierta a toda la humanidad. Aquello que no puedes hacer por ti mismo, puede ser hecho, en un instante, por esta preciosa fuente. **TÚ PUEDES SER LIMPIO DE TODOS TUS PECADOS.**

Tomado de Sendas antiguas: Claras declaraciones de algunos de los asuntos más importantes del cristianismo (*Old Paths: Being Plain Statements of Some of the Weightier Matters of Christianity*), The Banner of Truth Trust, [www.banneroftruth.org](http://www.banneroftruth.org).

---

**J. C. Ryle (1816-1900):** Obispo y autor anglicano inglés. Nació en Macclesfield, condado de Cheshire, Reino Unido.



No creo que podamos predicar el Evangelio... a menos que prediquemos la soberanía de Dios en su dispensación de la gracia; ni a menos que exaltemos el amor electivo, inalterable, eterno, inmutable y conquistador de Jehová. Tampoco creo que podamos predicar el Evangelio, a menos que lo basemos en la redención especial y particular de su pueblo elegido y escogido, la cual Cristo llevó a cabo en la cruz. —*C. H. Spurgeon*

A menudo, se nos dice que limitamos la expiación de Cristo porque decimos que Cristo no ha hecho una satisfacción por todos los hombres, sino, todos los hombres se salvarían. Ahora, nuestra respuesta a esto es que, por el contrario, nuestros oponentes la limitan: Nosotros no. Los arminianos dicen: “Cristo murió por todos los hombres”. Pregúntenles qué quieren decir con eso. ¿Murió Cristo para asegurar la salvación de todos los hombres? Responden: “No, ciertamente no”. Les hacemos la siguiente pregunta: —¿Murió Cristo para asegurar la salvación de algún hombre en particular?—. Responden que no. Están obligados a admitirlo, si son coherentes. Ellos dicen: “No. Cristo ha muerto para que cualquier hombre pueda salvarse *si*” —y luego siguen ciertas condiciones de salvación—. Ahora, ¿quién es el que limita la muerte de Cristo? Pues, *ustedes*. Ustedes dicen que Cristo no murió para asegurar, infaliblemente, la salvación de nadie. Les pedimos perdón cuando dicen que limitamos la muerte de Cristo y decimos: “No, mi querido señor, son ustedes los que lo hacen”. Decimos que Cristo murió, de tal manera, que, infaliblemente, aseguró la salvación de una multitud que nadie puede contar, que por medio de la muerte de Cristo, no sólo pueden ser salvos, sino que son salvos, deben ser salvos y no tienen ninguna posibilidad de correr el riesgo de ser otra cosa, sino salvos. Ustedes son libres de creer en su expiación; pueden conservarla. Nosotros nunca renunciaremos a la nuestra por el bien de ella. —*C. H. Spurgeon*

# LA NATURALEZA DE LA MUERTE DE CRISTO

William S. Plumer (1802-1880)

**S**OBRE la naturaleza y la intención de los sufrimientos de Cristo, los cuales terminaron en su muerte, la mente humana ha dado rienda suelta a muchas fantasías descabelladas y peligrosas. Todavía hay hombres en la tierra que niegan, audazmente, que Jesucristo soportara la pena de la Ley, en lugar y representación de los pecadores, que los pecados de algunos le fueran imputados, que fuera un sustituto de otros<sup>1</sup> o que sus sufrimientos fueran, estrictamente, vicarios<sup>2</sup>. Con muy diversos grados de ignorancia u odio a la verdad, los hombres rechazan todas las formas establecidas en que la sana doctrina es enseñada. Sin embargo, todo error es peligroso y toda verdad es preciosa. La doctrina de la muerte de Cristo ocupa un lugar muy prominente en el sistema cristiano. De hecho, es una verdad central y exige nuestro más cálido amor.

La doctrina común del mundo cristiano ha sido que nuestros pecados fueron imputados a Cristo, que Él llevó la maldición debida a nosotros por nuestras transgresiones, que Él soportó la pena de la Ley en nuestro lugar, que sus sufrimientos fueron los de un sustituto de los hombres culpables. El pueblo de Dios ha juzgado durante siglos y siglos que esta doctrina está bien establecida, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

**Es natural preguntarse si nuestro Señor mismo explicó la naturaleza y el objeto de su propia muerte.** En los Evangelios, obtenemos luz sobre este punto. “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en *rescate* por muchos”<sup>3</sup> (Mt. 20:28<sup>4</sup>; Mr. 10:45).

---

<sup>1</sup> Ver Portavoz de la Gracia N° 9: *Sustitución*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

<sup>2</sup> **Vicario** – Una persona que sufre en lugar de otra.

<sup>3</sup> **Un rescate por muchos** – Hay tres proposiciones que se encuentran en el frente de esta declaración: (1) La obra que Jesús vino a hacer fue de rescate. (2) La entrega de su vida fue el precio del rescate. (3) Este precio de rescate fue sustitutivo en carácter y designio. Es esta misma idea, mediante el uso de la misma raíz griega en diferentes formas, la que aparece en la mayoría de los pasajes del Nuevo Testamento que tratan de la redención (John Murray, *La expiación [The Atonement]*, 21).

<sup>4</sup> **Mateo 20:28** – Poco antes de su entrada final en Jerusalén, Jesús responde a la solicitud de Santiago (o Jacobo) y Juan de lugares especiales de honor en el reino mesiánico. Al contrastar la grandeza del reino con la grandeza de esta época, Jesús señala su propio ejemplo cuando afirma que “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar

En plena concordancia con esta declaración, Pablo dice que Cristo “se dio a sí mismo en *rescate* por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Ti. 2:6). Las palabras traducidas como *rescate* en estos pasajes, no son las mismas. Una es *lútron*, “el precio de la redención”. La otra es *antílutron*<sup>5</sup> que también significa, “rescate, el precio de la redención”... Su vida fue el precio de nuestra liberación. Era todo el precio exigido. Esto era el rescate, el rescate completo. La definición de Robinson de *lútron* es “*dinero perdido, un rescate, el precio pagado por la liberación de alguien*”. Su definición de *antílutron* es “*un equivalente para la redención, es decir, un rescate*”. Cristo pagó el precio por el cual muchos, aquellos que habían sido justamente detenidos como prisioneros del pecado y de la muerte, son liberados.

Nuestro Señor también dijo: “Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt. 26:28)<sup>6</sup>. ¿Qué otra sangre se ha derramado para el mismo fin? Isaías, Juan el Bautista, Esteban y muchos otros, murieron por la *verdad*, pero

---

su vida en rescate por muchos”. Aunque es posible tomar “muchos” como sinónimo de “todos”, hay razones para ver una referencia más limitada. Primero, Jesús, probablemente, se hace eco del lenguaje de Isaías 52:13-53:12, donde el Siervo muere en nombre de muchos. Dentro de ese pasaje, los “muchos”, se refiere a aquellos a quienes, *realmente*, es aplicada la obra salvífica del Siervo, incluyendo, no sólo a los judíos, sino también a “muchas naciones” (Is. 52:15). Segundo, el lenguaje del rescate indica el pago de un precio específico (la vida de Jesús) por la liberación de un pueblo específico (muchos). Su vida es dada a cambio de la de muchos, no de todos sin excepción (Matthew S. Harmon en David y Jonathan Gibson, Desde el cielo vino y la buscó [*From Heaven He Came and Sought Her*], 275-276).

<sup>5</sup> **λύτρον** y **ἀντίλυτρον** (*lútron* y *antílutron*) – Desde el siglo V a.C., en adelante... denotan los medios o dinero para un rescate. El sufijo *-tron* denota el instrumento o medio por el cual se realiza la acción del verbo, es decir, el medio de liberación o el pago, es decir, el precio de la liberación (Nuevo Diccionario Internacional de Teología del Nuevo Testamento [*New International Dictionary of New Testament Theology*], 189-190).

<sup>6</sup> **Mateo 26:28** – Durante la Última Cena (Mt. 26:26-29), Jesús ofrece la copa a sus discípulos y explica: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt. 6:28). Así como la aspersión de sangre selló a un pueblo en particular en el antiguo pacto (Éx. 24:1-8), aquí, la inauguración del nuevo pacto requiere que Jesús derrame su sangre por un pueblo en particular. Ese pueblo en particular son los “muchos” por quienes Jesús da su vida como rescate (Mt. 20:28). La combinación de “muchos” y “remisión de pecados” aquí en Mateo 26:28, forja un vínculo con el anuncio angelical en Mateo 1:21, de que Jesús “salvará a su pueblo de sus pecados”. Además, esta combinación, probablemente, alude de nuevo, a la obra del Siervo sufriente de Isaías 53. Así, “su pueblo” en Mateo 1:21, se aclara, aún más, por los “muchos” en Mateo 20:28 y 26:28, por quienes Jesús muere para perdonar sus pecados. Como cumplimiento de la esperanza del Antiguo Testamento, Jesús sella el nuevo pacto, al rescatar a un pueblo en particular, de su esclavitud al pecado mediante su muerte y resurrección (Matthew S. Harmon en David y Jonathan Gibson, Desde el cielo vino y la buscó [*From Heaven He Came and Sought Her*], 276-277).

no por la remisión de los pecados. En plena concordancia con esto, Pablo<sup>7</sup> dice que Cristo efectuó “la purificación de nuestros pecados” (He. 1:3). “Sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (He. 9:22). Ésta es la razón por la que se debe predicar “en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones” (Lc. 24:47). La remisión no es por ningún “otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres” (Hch. 4:12). No la sangre de los profetas, de los mártires o de las bestias, sino *sólo* la sangre de Cristo asegura el perdón de los pecados (Ap. 1:5; Hch. 20:28; He. 9:12).

De nuevo, Cristo dice: “Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas” (Jn. 10:11). “Grande y bueno, justo y santo como Él es, vio a sus ovejas a punto de perecer en sus extravíos; y para expiar<sup>8</sup> su culpa y rescatarlas de la destrucción, no sólo soportó penurias y se encontró con peligros, sino que ¡dio su vida por ellas y en lugar de ellas!”<sup>9</sup>. Con las verdades así explícitamente enseñadas, concuerdan bien todas aquellas declaraciones generales de Cristo respecto a su misión en este mundo, como ésta: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10). Él es el Salvador. Ese es su nombre. La razón por la que llamarás su nombre JESÚS es porque Él salvará a su pueblo *de* sus pecados (Mt. 1:21).

Los apóstoles y los profetas hacen un relato de la muerte de Cristo que coincide<sup>10</sup> en todos los sentidos con el dado por el Señor mismo. Por eso, Pedro dice: “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 P. 3:18). Todo sufrimiento bajo el gobierno moral de Dios es, en cierto sentido, “por los pecados” —“por el pecado la muerte” (Ro. 5:12)—. Algunos sufrimientos son puramente por castigo condigno<sup>11</sup>. Así, los ángeles perdidos sufren por sus propios pecados. Algunos sufrimientos son disciplinarios y tienen por objeto apartar a los hombres del error. Así, el cristiano pío<sup>12</sup> sufre, a menudo, por su necedad. Algunos sufrimientos son ejemplares<sup>13</sup>. Así, los antiguos profetas sufrieron a menudo (Stg. 5:10). Pero el motivo de sus sufrimientos eran siempre *sus propios pecados*. Dios nunca

<sup>7</sup> **Nota del editor** – Algunos teólogos, con fuertes y bien sustentadas razones, asignan a Pablo la autoría de la carta a los Hebreos, sin embargo, dicha carta no fue firmada por el autor, por lo tanto, no se puede asegurar con certeza quien la escribió.

<sup>8</sup> **Expiar** – Dar satisfacción por un delito por el cual se elimina la culpa.

<sup>9</sup> Thomas Scott, *La Santa Biblia que contiene el Antiguo y el Nuevo Testamento (The Holy Bible Containing the Old and New Testaments)*, vol. 5 (Nueva York: Samuel T. Armstrong y Crocker y Brewster, 1827), 525.

<sup>10</sup> **Coincide** – Está de acuerdo, punto por punto.

<sup>11</sup> **Condigno** – Dignamente merecido.

<sup>12</sup> **Pío** – Fielmente obediente y reverente a Dios, piadoso.

<sup>13</sup> **Ejemplar** – Apto para servir como ejemplo o patrón a seguir.

permitió que un ángel santo sufriera. Los malvados que sufren la venganza del fuego eterno, son también un ejemplo para nosotros, pero sufren justamente por sus propios pecados. El último tipo de sufrimiento por el pecado es expiatorio, donde “el justo” sufre “por los injustos”. Cristo, en ningún sentido, sufrió por Sí mismo. De hecho, el Apóstol, en el capítulo siguiente, dice expresamente: “Cristo ha padecido *por* nosotros en la carne” (1 P. 4:1).

Del mismo modo, las Escrituras enseñan, general y explícitamente, que Cristo murió *por* nuestros pecados. “Fue entregado *por* nuestras transgresiones” (Ro. 4:25). “El cual se dio a sí mismo *por* nuestros pecados” (Gá. 1:4). “Cristo murió *por* nuestros pecados, conforme a las Escrituras” (1 Co. 15:3). Ninguna palabra podría enseñar, más claramente, que la muerte de Cristo fue a causa de nuestras ofensas contra Dios, a causa de nuestra rebelión contra el Altísimo. La Palabra de Dios expresa con la misma claridad, la misma verdad en otro lenguaje: “Siendo aún pecadores, Cristo murió *por* nosotros” (Ro. 5:8). “Cristo... murió *por* los impíos” (Ro. 5:6). “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es partido” (1 Co. 11:24). Aquí es enseñada la sustitución en los términos más claros. Cristo murió en lugar y representación de nosotros —pecadores e impíos—.

Dos escritores diferentes en la Escritura, dicen que Cristo es la propiciación<sup>14</sup> por nuestros pecados. “A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Ro. 3:25)<sup>15</sup>. “Y él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 2:2). “Él nos

<sup>14</sup> **Propiciación** – “La propiciación es esa obra sacerdotal de Cristo en la que Él eliminó la indignación y la ira de Dios al cubrir nuestros pecados mediante el sacrificio sustitutivo de Sí mismo a Dios, asegurando así, nuestra aceptación ante Dios” (Robert A. Morey, *Estudios sobre la expiación* [*Studies in the Atonement*], 31). “En el uso de esta palabra, entonces, siempre se entiende: **1.** Una *ofensa*, crimen, culpa o deuda, que debe ser quitada; **2.** Una *persona ofendida*, que debe ser pacificada, expiada, reconciliada; **3.** Una *persona que ofende*, que debe ser perdonada, aceptada; **4.** Un *sacrificio* u otro medio para hacer la expiación (John Owen, Una exposición de la Epístola a los Hebreos [*An Exposition of the Epistle to the Hebrews*], vol. 3, 476).

<sup>15</sup> **Romanos 3:25** – La “propiciación” en cuestión, tiene un enfoque hacia Dios (Ro. 3:25). Es el contrapunto a la extensa exposición de Pablo sobre la ira de Dios revelada contra toda injusticia e impiedad (Ro. 1:18-3:20). Por naturaleza, todos hemos pecado, estamos condenados y nos enfrentamos a la ira de Dios. En Cristo como propiciación, nosotros que (con Saulo/Pablo), éramos “hijos de ira, lo mismo que los demás” (Ef. 2:3), descubrimos que Él “nos libra de la ira venidera” (1 Ts. 1:10). Esta propiciación es esencial para todos los demás aspectos de la obra expiatoria de Cristo. Ni los ministerios reales ni los proféticos pueden ser eficaces sin el sacrificio sacerdotal. Puesto que la salvación está encarnada en Cristo, llega a ser nuestra a través de la unión de fe con Él dada por el Espíritu (Sinclair Ferguson en David y Jonathan Gibson, Desde el cielo vino y la buscó [*From Heaven He Came and Sought Her*], 610).

amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10). En los versículos anteriores, la palabra propiciación no es la misma en todos los lugares. La palabra de Pablo es *hilasterion*; la de Juan es *hilasmos*. Sin embargo, ambas se traducen, correctamente, como *propiciación*, es decir, una expiación<sup>16</sup> por el pecado<sup>17</sup>.

En plena armonía con lo anterior, Pablo dice: “Como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:2). Todo lo que Cristo hizo, lo hizo “por nosotros”. En particular, cuando se ofreció a Sí mismo en *sacrificio*, no fue por Sí mismo, sino por nosotros. Él no necesitaba expiación por Sí mismo porque era santo e inocente en su Persona. Pero con la misma seguridad que las primicias de Abel fueron sacrificios en su lugar, así también Cristo fue un sacrificio “por nosotros”. En consecuencia, se dice que “se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (He. 9:14). Así también, Cristo es llamado “el cordero de Dios” (Jn. 1:29) y “un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 P. 1:19). Ningún sacrificio de sangre tiene significado, a menos que la víctima ofrecida sea un sustituto de alguien.

**Cristo también es llamado nuestro Fiador**<sup>18</sup> (He. 7:22). Un fiador se obliga a realizar algo por otros y esta obligación puede ser absoluta o

<sup>16</sup> **Expiación** – La expiación tiene referencia a la *culpa* del pecado. Expiar es quitar o cubrir la culpa del pecado. La propiciación hace referencia a la ira o el disgusto de Dios. Propiciar es satisfacer la justicia divina y así, apaciguar su Ira. En el uso bíblico del término, la justicia de Dios es satisfecha por el sacrificio propiciatorio (Morton H. Smith, *Teología sistemática [Systematic Theology]*, vol. 1, 382).

<sup>17</sup> La expiación significa que es necesario eliminar la culpa del pecado. La expiación es el proceso en el cual se cancela la culpa del pecado y se purifica al pecador de él... ¿Tienes clara la diferencia entre expiación y propiciación? La propiciación conlleva la noción de que hay Alguien que ha sido ofendido, alguien que ha hecho la ofensa, que hay una ofensa y que se necesita algo para ambas partes. Algo tiene que hacerse, tanto por parte de Aquel que ha sido ofendido como por parte del ofensor; y esta grande y gloriosa doctrina nos enseña que el mismo Dios, a Quien hemos ofendido, ha demostrado la manera en que se ha tratado la ofensa. Su Ira contra el pecado y el pecador, ha sido satisfecha, apaciguada y, por lo tanto, ahora puede reconciliar al hombre consigo mismo (David Martyn Lloyd-Jones, *Romanos: Capítulos 3:20-4:25, 73-78*).

<sup>18</sup> **Fiador** – Alguien que se compromete por una o más personas, cuyo crédito se ha agotado o no es bueno —alguien en quien no se puede confiar o cuya fidelidad o capacidad es dudosa—. Ahora, hermanos míos, cuando el hombre [*Adán*] violó la ley del primer pacto [*en el Jardín*], su crédito desapareció o se perdió para siempre. Dios ya no haría ningún pacto con él sin un Fiador, conociendo la incapacidad y la infidelidad del hombre en su estado caído. Por lo tanto, [Él] tuvo gracia, complaciéndose en proveer para nosotros o a nuestro favor, un... Fiador. Por tanto, Jesús fue hecho Fiador de un mejor pacto (He. 7:22): Así como Cristo se comprometió con Dios por nosotros a hacer satisfacción por nuestros pecados y a llevarnos a un estado de gracia y paz con Dios [para] preservarnos en ese estado hasta el fin y para dar seguridad al Pacto de Paz, del cual Él es Fiador, Él es llamado un Fiador... Si nuestro Mediador no se hubiera comprometido en este Pacto de Paz y Redención por nosotros, no habría

condicional. Si uno es irremediamente insolvente<sup>19</sup>, el fiador asume, incondicionalmente, el pago de sus deudas. Éste era, precisamente, nuestro caso. Nuestra ruina era total. Estábamos completamente en bancarota y Cristo se comprometió a liberarnos<sup>20</sup>: 1) Obedeciendo el precepto de la Ley por nosotros y 2) soportando el castigo que nos correspondía por nuestras transgresiones. En nuestra impotencia, Cristo se compadeció de nosotros, voluntaria y amorosamente asumió nuestra causa por nosotros, fue plenamente capaz de cumplir todo lo que se comprometió a hacer y satisfizo todas las demandas de la Ley contra nosotros como rebeldes.

Las Escrituras enseñan que Cristo hizo todo esto. “Él apareció para quitar nuestros pecados; y no hay pecado en él” (1 Jn. 3:5). Quitó nuestros pecados cargándolos sobre Sí mismo. En consecuencia, las Escrituras afirman, claramente, que “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 P. 2:24). “Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos” (He. 9:28)... Pablo dice: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gá. 3:13). Si el lenguaje tiene alguna fuerza o significado, este pasaje enseña que Cristo ha rescatado a su pueblo de la pena de la Ley y que lo hizo soportando la pena en lugar y representación de ellos. No es probable que ningún hombre que niegue que estas palabras enseñan tanto como aquí se supone, se beneficie de alguna enseñanza sobre el tema, ya sea de los hombres o del cielo. La *maldición* de la Ley no puede significar otra cosa que la *pena* de la Ley. Que Cristo haya sido hecho maldición por nosotros, no puede significar nada menos que Él llevó la pena por nosotros.

Las Escrituras también enseñan, expresamente, que Jesucristo es el único autor de la reconciliación entre Dios y los pecadores, “por quien hemos recibido ahora la reconciliación [o *expiación*]” (Ro. 5:11); que “fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Ro. 5:10) y que Dios “nos reconcilió consigo mismo por Cristo” (2 Co. 5:18). Ahora, no hay manera de que la muerte del Hijo de Dios pueda lograr la reconciliación, sino mediante la satisfacción de la justicia divina en nuestro lugar y representación. Cristo es nuestra paz (Ef. 2:14)...

Como nuestro Salvador fue un Fiador voluntario, no hubo injusticia en exigir de Él la satisfacción que nosotros debíamos. Tan verdadera y

---

habido pacto *ni* paz para nosotros, en absoluto, porque todo depende de la Fianza de Cristo (Benjamin Keach, La manifestación de la gloriosa gracia de Dios [*The Display of God's Glorious Grace*], 88).

<sup>19</sup> **Insolvente** – Incapaz de cumplir con sus obligaciones financieras.

<sup>20</sup> **Liberarnos** – Librarnos, rescatarnos de un estado de dificultad.

tan antigua es la doctrina de que nuestro Señor sufrió [como] el justo por los injustos, el inocente por los culpables, que hasta el día de hoy, no tenemos mejor medio para ilustrar todo el método del perdón y la aceptación que una sencilla explicación de muchos de los tipos y, especialmente, de los sacrificios del Antiguo Testamento. La doctrina de la imputación del pecado de uno a la persona de otro es tan antigua como la institución del derramamiento de sangre en el culto solemne y el sacrificio de víctimas en altares terrenales...

Cuidense de la presunción; cuidense de todas las opiniones sobre el tema de la expiación, a menos que puedan probarlas mediante el tenor de la Escritura... Jesucristo hizo satisfacción por todos los pecados de todo su pueblo... Él pagó hasta el último centavo de la deuda que ellos tenían con la Ley quebrantada y el ofendido gobierno de Dios, y en Él están completos y tienen plena redención.

Tomado de La Roca de nuestra salvación (*The Rock of Our Salvation*),  
Sprinkle Publications.

---

**William S. Plumer (1802-1880):** Autor y ministro presbiteriano estadounidense; nacido en Greensburg, Pennsylvania, EE.UU.



La doctrina de la Redención es una de las doctrinas más importantes del sistema de fe. Un error en este punto conducirá, inevitablemente, a un error en todo nuestro sistema de creencias. —*Charles Spurgeon*

# LA ACCIÓN SACERDOTAL DE CRISTO

Hugh Martin (1822-1885)

**L**A noción fundamental y la esencia de la expiación, encarnada en la obra sacerdotal de Cristo, es la ofrenda de Sí mismo a Dios [como] sacrificio y reconciliación por los pecados de su pueblo. Es su oblación sustitutiva de Sí mismo, llevando la maldición y trayendo la justicia, satisfaciendo así, la justicia divina y reconciliándonos con Dios... Pero ahora:

¿Es la acción del sacerdocio una acción real —no un mero sufrimiento o resistencia, sino una acción *real*— y esa acción, es una *ofrenda*? Entonces, sin exponer más detalladamente la naturaleza de esta acción —sin preguntar siquiera cuál es la naturaleza exacta e intrínseca<sup>1</sup> de esta acción— podemos ver que se opone, muy poderosamente, aunque quizá no tan evidentemente, a todas las falsas teorías [de la expiación]... Sus defensores contemplan la muerte de Cristo no como una acción, sino exclusivamente, como un sufrimiento: Es un acontecimiento providencial al que Cristo está sometido, no una *acción sacerdotal* que Cristo realiza. Reconocen su resistencia pasiva, no su agencia<sup>2</sup> sacerdotal. Ven que Él *sufrió*; no ven que Él *ofreció*...

¿*Sufrió* Cristo, meramente, en su muerte? ¿No tuvo que ver en ello su propia *agencia*? Entonces, ¿no fue Él un Sacerdote en el Calvario, sino meramente un Cordero? Si es así, surge de inmediato la pregunta: “¿Quién ofreció este Cordero de Dios, que es el Hijo eterno de Dios, en sacrificio en la cruz?”. O el Sacerdote fue el Padre o fue el Espíritu, de los cuales ninguno fue jamás “tomado de entre los hombres” o “constituido a favor de los hombres... para que presente ofrendas” (He. 5:1); o no *hubo* sacerdote. Porque, ciertamente, ninguna criatura podía ser admitida al honor de ofrecer al Unigénito del Padre. En cualquier caso, según este punto de vista, la muerte de Cristo ocurrió fuera de su sacerdocio. Si *esto* es cierto, su muerte no significa nada para nosotros.

**Me niego a creer en la cruz de Cristo como una mera resistencia pasiva.** Y me niego a discutir la doctrina de su muerte bajo cualquier restricción de su maravillosa, [singular] y trascendente gloria. Niego que su agencia glorificadora de Dios fuera anulada<sup>3</sup> antes de morir, dejándolo como una mera víctima de las causas y medios de la muerte, aparte

---

<sup>1</sup> **Intrínseca** – Que pertenece a algo como una característica básica y esencial de lo que es.

<sup>2</sup> **Agencia** – Acción; ejercicio del poder.

<sup>3</sup> **Anulada** – Dominada; vencida.

de su activa propia voluntad y poder ofrecidos a Dios. Niego que, en su cruz, todo su deber se convirtiera, finalmente, en paciencia y negación. Era su *deber* morir y cumplió con su deber... Cristo *actuó* al morir. Era su deber morir —su deber oficial—. Había en ello una acción oficial: La agencia sacerdotal. Entregó el Espíritu (Jn. 19:30). “Se dio a sí mismo” (Gá. 1:4; 2:20; Ef. 5:25; 1 Ti. 2:6; Tit. 2:14). He aquí su amor: He aquí también, su poder —he aquí el triunfo y la gloria trascendente de su victoria sobre la muerte—. Él es un agente conquistador invicto<sup>4</sup>, no conquistado, que se ofrece, a Sí mismo, a Dios.

Es cierto que Él sufre —el justo por los injustos—. Los hombres lo matan, y Satanás lo tienta y lo atormenta. El Padre lo hiere: “Jehová quiso quebrantarlo” (Is. 53:10) y al decir: “Levántate, oh espada, contra el pastor” (Zac. 13:7). Él *soporta* la cruz. Sufre la muerte. Muere sufriendo. Tanto más maravillosa es la verdad de que Él [es] un agente conquistador al morir. Tiembla, pero no desfallece. No se desmaya, sino que agoniza. Y “*agonía*” es *acción* hasta el máximo. ¡Esta es la gloria de su triunfo! Dejen esto fuera de la vista —dejen a un lado su agencia sacerdotal y su acción sacerdotal en su muerte— supongan que su agencia y su acción se han agotado antes de la muerte, dejando lugar, *meramente*, al sufrimiento pasivo y a la paciencia, y *no podrán “gloriarse en la cruz”*, ni enseñar a la iglesia de Dios a gloriarse en ella. Dejas la gloria del triunfo de Cristo y la evidencia del amor de Cristo, profundamente enterradas en la vergüenza del Calvario y en la tumba del Gólgota... Si [Jesús] murió como una mera víctima pasiva, no murió victorioso; y ninguna gloria posterior puede redimir lo que, en ese caso, fue una derrota. ¡Pero Él murió como un agente triunfante! Él prevaleció contra la muerte para vivir hasta decir: “Consumado es” (Jn. 19:30) y luego, morir, no sólo voluntariamente, sino mediante una acción sacerdotal positiva, entregándose a Sí mismo a Dios.

La cruz *misma* es gloriosa: No por la subsiguiente resurrección y entronización, sino gloriosa por *sí misma*... Cristo crucificado es —no después, sino *al* ser crucificado— el poder de Dios. Y Él es el *poder* de Dios porque Él es el *Sacerdote* de Dios. Su deber sacerdotal es morir —un deber incomparable e inalcanzable—. Él no vacila en cumplirlo. La agencia oficial está en su muerte sacerdotal y sacrificial. Se *ofreció* a Sí mismo (He. 9:14). “Amó a la Iglesia y se *entregó* a sí mismo por ella” (Ef. 5:25)...

**Establecemos que la doctrina de la expiación no debe ser discutida separada de la idea de la acción sacerdotal de Cristo en su muerte.** Estamos profundamente convencidos de que la negativa a discutir o con-

<sup>4</sup> **Invicto** – No vencido, no suprimido, no aplastado.

templar la doctrina de la muerte de Cristo, excepto como esa *acción* sacerdotal que la Sagrada Escritura revela abundantemente que existió — aunque es obviamente el método más eficaz de establecer y defender la doctrina misma— es, al mismo tiempo, la verdadera manera de hacer una objeción preliminar legítima y concluyente a la gran mayoría de las falsas representaciones de la muerte de Cristo... Las Sagradas Escrituras son tan claras, tan abundantes, tan expresas, variadas y enfáticas en sus afirmaciones de que la muerte de Cristo fue una transacción en la que estuvo implicada su propia agencia, que aquellos que niegan esto o no lo tienen en cuenta, no pueden ser considerados como meramente erráticos en la interpretación de las Escrituras, sino que deben ser considerados como que rechazan las Escrituras como regla de fe...

**Razones por las cuales esta verdad se ha pasado por alto...** Estamos tan familiarizados con la clara afirmación de que Cristo fue, a la vez, el Sacrificio y el Sacerdote —“ofreciéndose a sí mismo” (He. 7:27)— que pensamos que hemos dominado por completo, su contenido, aunque podemos haber rozado, meramente, su superficie.

Que esta verdad debe contener grandes profundidades, debería ser obvio por el hecho de que presenta una consideración que es absolutamente sin paralelo, singular<sup>5</sup> y única. Que el hombre Cristo Jesús sufriera la muerte —y *tal muerte*, bajo la maldición de la Ley divina, con todos los agravantes concebibles de aflicción, agonía y vergüenza— y también que Él, sin pecado, sí, obediente y oficialmente, tuviera una mano activa en su muerte —y *tal muerte*— debería impresionarnos de inmediato como algo que sobrepasa toda comprensión. [Esto es] el derecho a una contemplación reflexiva, prolongada y reverente que nos permita, bajo la enseñanza del Espíritu de verdad, poner el hecho ante nuestro entendimiento con la mayor exactitud de pensamiento que podamos alcanzar y con la mayor plenitud que podamos comprender... [muchos] se contentan con creer “que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras” (1 Co. 15:3). Pero que en esta transacción de la muerte en el Calvario, Él combinó las dos actitudes aparentemente antagónicas de sufrimiento y ofrenda —*sufrimiento* hasta tal punto e intensidad que habría agotado todos los poderes activos, por no decir la paciencia, de cualquiera que no fuera una persona divina; y *ofrenda*, también en tal actividad y tal acción triunfante invicta y excelente, como si ningún sufrimiento estuviera agotando, en absoluto, sus poderes activos—. Ésta es la aparente paradoja en la muerte de Cristo que tememos que muchos han considerado con demasiada ligereza. Sin embargo,

---

<sup>5</sup> **Singular** – El único de su tipo, sin otro de su especie, extraordinario.

es imposible entender cómo pueden “gloriarse en la cruz” inteligentemente, sin una profunda consideración y admiración apreciativa.

Que la sencilla, pero profunda verdad en la que deseamos insistir, haya sido, al menos hasta cierto punto, pasada por alto por muchos, cuyos puntos de vista sobre la Expiación no son incorrectos, puede explicarse fácilmente en cierta medida... Varias frases han adquirido un [uso general] desfavorable para la claridad y la comprensión exhaustiva. Entre ellas podemos destacar la que durante mucho tiempo hemos considerado una expresión poco feliz y poco inteligible —“la obediencia activa y pasiva de Cristo”—. Sin duda, con explicaciones, la frase puede ser permitida. Y sin duda, es con estas explicaciones que los escritores sanos la han usado. Ésta frase ha sido empleada para expresar el hecho de que en la vida y muerte de Cristo como nuestro Fiador, se encuentran el sufrimiento de la pena de la Ley y la introducción de una justicia positiva... Además, si hay algo en la [intervención] de Cristo para nuestra salvación que pueda suponerse que se llama obediencia “pasiva” — como en expresa contradicción con la obediencia “activa”— debe ser su muerte. Y donde prevalece esta impresión, obviamente apoya y, de hecho, sugiere la idea de que su muerte fue *exclusivamente* pasiva— que su propia actividad o agencia no debe ser reconocida en ella...

La Paráfrasis también —la cuadragésima cuarta— que representa “las pálidas insignias” de la muerte cubriendo las mejillas y los “temblorosos labios” de nuestro Señor, mientras la vida lo *abandonaba*, “sus ojos cerrados y su cabeza caída”, hace la más manifiesta injusticia a la condición de la Persona de nuestro Señor en la cruz y es, claramente, la más injuriosa para las representaciones escriturales de que “Jesús dando una gran voz *expiró*” (Mr. 15:37) —*entregó* su Espíritu—. La impresión que tales frases puede causar en la mente es solo ésta y nada más: Nuestro Señor *soportó* sin murmurar, sufrimientos inconcebibles; estaba siendo *sometido* a la muerte como castigo debido al pecado. *Todo eso es cierto*. Pero también sugieren la idea de que, mientras que antes se había dedicado a un deber *positivo*, haciendo el bien, ahora el tiempo del deber positivo y activo ya había pasado. Había llegado el momento de, simplemente, sufrir.

Nunca debemos dejar de afirmar que esta representación de la cruz es de lo más inadecuada. Exhibe la cruz, *meramente*, como el emblema y el escenario de la paciencia, mientras que oculta aquellos aspectos gloriosos y glorificadores de ella, en los cuales se ve que es un altar de agencia sacerdotal, un trono de acción poderosa, y un carro de victoria y triunfo. Representa la actividad de Cristo como sometida y dominada o, al menos, como [temporalmente detenida]. Esto [deja de lado] la gran consideración —que las afirmaciones directas de las Escrituras ponen

ante nosotros y que una apreciación adoradora de la constitución de la Persona de Cristo y la naturaleza intrínseca de su obra requirieren— de que el ejercicio real del poder de Cristo y su acción oficial, obediente y agencia positiva, *nunca fueron ni podrían ser* dominados ni sometidos... La tierra, el infierno y el cielo: Los gobernantes de la tierra y su plebe; sus reyes, sacerdotes, soldados y malhechores lo asaltaron; sus judíos y gentiles; incluso, sus criaturas mudas; los bosques de la tierra proporcionando madera; los arroyos de la tierra negando agua; las amarguras de la tierra mezcladas en vinagre y hiel; la maldición de la tierra encarnada en sus espinas, en burla y dolor para coronarlo; el firme fundamento de la tierra se negó a sostenerlo y su firmamento a brillar sobre Él; la máxima fuerza y furia del infierno se reunieron contra Él; la espada del cielo lo devoró y el Dios del cielo lo abandonó —la tierra, el infierno y el cielo conspiraron contra Él hasta el extremo de la más extrema justicia del cielo y de la más extrema injusticia de la tierra y del infierno— ¿cuál es la gloria de la cruz, si no es *ésta*? Con tal acción conspirando para someter *su* acción, *Isu* acción superó y sobrevivió a todos ellos! No murió siendo sometido y dominado para morir; *¡Él no murió hasta que se entregó a Sí mismo a la muerte!* Emanuel, ¿un mero sufriente en su muerte? “La palabra de la cruz... es *poder* de Dios” (1 Co. 1:18).

**Evidencia escritural directa de esta verdad:** Podemos notar, brevemente, algunas de las afirmaciones escriturales más obvias de esta verdad... Entre algunos de los testimonios más obvios de la doctrina de que la muerte de Cristo fue una *acción* de su oficio sacerdotal, puede contarse la afirmación de Isaías: “*Derramó* su vida hasta la muerte” (Is. 53:12). Las frases frecuentemente usadas por el apóstol Pablo: “Así como Cristo amó a la Iglesia, y *se entregó* a sí mismo por ella” (Ef. 5:25) y, haciendo especial este amor y servicio amoroso al creyente individual, “el cual me amó, y *se entregó a sí mismo* por mí” (Gá. 2:20). Y otra, “también Cristo nos amó y *se entregó a sí mismo* por nosotros, *ofrenda* y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:2). Y de nuevo: “Habiendo efectuado *la purificación* de nuestros pecados *por medio de sí mismo*” (He. 1:3). La doxología de Juan: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Ap. 1:5). Las frecuentes expresiones del mismo Señor: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para *servir*, y para *dar* su vida en rescate por muchos” (Mt. 20:28). Y, muy especialmente, su siempre memorable relato de Sí mismo como el Buen Pastor: “El buen pastor su vida *da* por las ovejas” (Jn. 10:11). Tan [preocupado] está nuestro Señor en este punto que lo repite, una y otra vez, en los términos más fuertes y enfáticos, positivos y negativos por igual: “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo *la pongo*” (Jn. 10:18). Y tan poderosamente hace resaltar la idea de que su propia acción está involucrada en su muerte,

ique la pone al mismo nivel que la acción que Él debería ejercer en su resurrección! [Él] representa la obediente acción igualmente en los dos casos como constituyendo conjuntamente lo que el mandamiento de su Padre le había ordenado, y en lo que el amor y la aprobación de su Padre descansaban en tanta complacencia: “Por eso me ama el Padre, porque yo *pongo* mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo” —*a mi propia instancia, por mi propia voluntad, por mi propia obra*— “tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Jn. 10:17-18). ¡Cuán claramente está implícito en todas estas expresiones, el ofrecimiento de un poder positivo! “Y no para *ofrecerse* muchas veces... De otra manera le hubiera sido necesario *padecer* muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre *por el sacrificio de sí mismo* para quitar de en medio el pecado” (He. 9:25-26), una expresión inspirada que presenta, sin temor, el sacrificio de la cruz como *ofrenda en el sufrimiento* y como *sufrimiento en la ofrenda*, haciendo justicia por igual a ambos aspectos de la verdad y que juntos constituyen una verdad indisoluble, cuya singularidad única surge de la combinación de *lo que en nadie más, sino en el Dios-hombre*, podía combinarse.

Hablamos de su “hacer” y de su “morir”. Su muerte fue su obra más *grandiosa*. La luz y la evidencia de su obediencia *activa*, en lugar de palidecer en la cruz, resplandece allí con el mayor brillo de todos, iluminando las tinieblas de la muerte y del ceño de la justicia indignada hasta que el ceño oscuro desaparece del rostro del Juez eterno y la luz del rostro del Padre se eleva sobre el Hijo obediente en el momento en que dice: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23:46). La voluntad del Padre se cumple. Es hecha por el Hijo eterno, a través del Espíritu eterno. Las acciones consentidas<sup>6</sup> entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, llenan la muerte de Cristo con acción, y con poder sin igual y trascendente; y la [predicación] de la cruz *es* el poder de Dios.

Tomado de La expiación: En su relación con el pacto, el sacerdocio, la intercesión de nuestro Señor (*The Atonement: In Its Relations to the Covenant, the Priesthood, the Intercession of Our Lord*), Banner of Truth Trust, [www.banneroftruth.org](http://www.banneroftruth.org).

---

**Hugh Martin (1822-1885):** Ministro y teólogo presbiteriano escocés; nacido en Aberdeen, Scotland.




---

<sup>6</sup> **Consentidas** – Unidas en opinión; unánimes.

# LA PROPICIACIÓN DE CRISTO

John Murray (1898-1975)

**E**L lenguaje de la propiciación es aplicado, claramente, a la obra de Cristo en el Nuevo Testamento (Ro. 3:25; He. 2:17; 1 Jn. 2:2; 4:10). Se han hecho intentos plausibles<sup>1</sup> para interpretar la propiciación en términos de expiación y así, evitar el significado a *prima facie*<sup>2</sup> de propiciación. La falacia de estos intentos ha sido demostrada con éxito por el estudio erudito y minucioso de los datos bíblicos... La razón del intento de despojar la obra de Cristo de su carácter estrictamente propiciatorio, es obvia. Propiciar significa “apaciguar, conciliar,<sup>3</sup> hacer propicio<sup>4</sup>”. Presupone que la persona propiciada está airada y necesita ser apaciguada. Si Cristo propicia, debe ser Dios a *Quien* Él propicia. Y seguramente, se alegra, no podemos pensar que Dios necesite ser pacificado o hecho propicio por la sangre de Cristo. Si la expiación brota del amor del Padre y es la provisión de su amor, ¿no es una contradicción sostener que Él es conciliado por aquello que es la expresión de su amor? Si el amor invencible es antecedente, entonces, no queda lugar para el apaciguamiento de la ira!

Hay una deplorable confusión en este razonamiento. Amar y ser propicio no son términos contradictorios. Incluso en la esfera humana, el único objeto del amor puede ser, al mismo tiempo, el único objeto de la ira y el desagrado santos. Es negación de la santidad de Dios en relación con el pecado, como contradicción de lo que Él es y exige, no reconocer que el pecado debe provocar su Ira. Y así como el pecado pertenece a las personas, así la ira descansa sobre las personas que son los agentes del pecado. Aquellos a quienes Dios amó con amor invencible, eran hijos de ira, como dice, expresamente, Pablo (Ef. 2:3). A este hecho se dirige la propiciación hecha por Cristo. Aquellos a quienes Dios amó eran hijos de su Ira. Esta verdad realza la maravilla de su amor; y si lo negamos o le restamos importancia, nosotros hemos eviscerado<sup>5</sup> la grandeza de su amor. La doctrina de la propiciación es precisamente ésta: Dios amó tanto a los objetos de su Ira que dio a su propio Hijo con el fin de que Él, por su propia sangre, hiciera provisión para la eliminación de esta ira. Fue Cristo quien se ocupó de la ira para que los amados dejaran de

---

<sup>1</sup> **Plausible** – Que parece razonable o probable.

<sup>2</sup> **Prima facie** – A primera vista; aceptado como correcto hasta que se demuestre lo contrario.

<sup>3</sup> **Conciliar** – Evitar que alguien se enoje; pacificar.

<sup>4</sup> **Propicio** – Dispuesto favorablemente hacia alguien.

<sup>5</sup> **Eviscerado** – Eliminado el contenido esencial de.

ser los objetos de ira, y el amor lograra su objetivo de hacer de los hijos de la ira, hijos del buen agrado de Dios...

La disposición a negar o, incluso, subestimar la doctrina de la propiciación, delata un sesgo perjudicial para la expiación como tal. La expiación significa que Cristo cargó con nuestros pecados y, al cargar con el pecado, cargó con su juicio (*cf.* Is. 53:5). La muerte misma es el juicio de Dios sobre el pecado (*cf.* Ro. 5:12; 6:23). Y Cristo murió por la única razón de que la muerte es la paga del pecado. Pero el epítome<sup>6</sup> del juicio de Dios sobre el pecado es su Ira. Si Jesús, en nuestro lugar, enfrentó todo el juicio de Dios sobre nuestro pecado, debe haber soportado lo que constituye la esencia de este juicio. ¡Cuán superficial es la noción de que el sufrimiento vicario de la ira es incompatible con el amor inmutable del Padre hacia Él! Por supuesto, el Padre amó al Hijo con amor inmutable e infinito. Y el cumplimiento de la voluntad del Padre en el extremo de la agonía en el Getsemaní y del abandono en el Calvario, suscitó el supremo deleite del Padre (*cf.* Jn. 10:17). Pero amor e ira no son contradictorios; amor y odio sí lo son. Sólo porque Jesús era el Hijo, inmutablemente amado como tal y amado cada vez más en su capacidad mesiánica, a medida que cumplía, progresivamente, las exigencias del encargo del Padre, pudo soportar todo el golpe de la ira judicial. Esto está inscrito en la expresión más misteriosa que jamás haya ascendido de la tierra al cielo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Sal. 22:1; Mt. 27:46; Mr. 15:34). ¡Dios en nuestra naturaleza abandonado por Dios! He aquí, la maravilla del amor del Padre y también del amor del Hijo. La eternidad no podrá escalar sus alturas ni sondear sus profundidades. Cuán lamentable es la miopía que nos ciega ante su grandeza, y que no ve la necesidad y la gloria de la propiciación. “En esto consiste el amor —escribe Juan— no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10). Cristo es, verdaderamente, la propiciación por nuestros pecados porque propició la ira que era nuestra condena. El lenguaje de la propiciación no puede ser diluido: expresa la esencia del Calvario.

Tomado de *La expiación (The Atonement)*, usado con permiso de P&R Publishing, P O Box 817, Phillipsburg, N.J. 08865, [www.prpbooks.com](http://www.prpbooks.com).

---

**John Murray (1898-1975):** Prolífico autor reformado escocés.




---

<sup>6</sup> **Epítome** – Resumen de un discurso extenso en unas pocas palabras finales.

# LA SANGRE EXPIATORIA DE CRISTO

Octavius Winslow (1808-1878)

*“La sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:19).*

**P**ARECÍA imposible, mediante cualquier ilustración o argumento, sobreestimar el valor intrínseco de la sangre expiatoria de Cristo.

Hay algunas cosas en la religión de las que podemos tener una concepción demasiado exaltada y exagerada. Por ejemplo, podemos tener una visión demasiado elevada de la iglesia de Cristo, exaltándola por encima de Cristo mismo. Podemos tener puntos de vista demasiado exagerados y demasiado exclusivos de las ordenanzas de la Iglesia, desplazándolas y magnificándolas de tal manera que con su observancia, sustituyamos la religión vital de un cambio de corazón y la fe en Cristo exclusivamente para justificación. Pero no existe tal peligro en nuestro estudio acerca de la sangre de Cristo. Aquí, nuestros puntos de vista no pueden ser demasiado elevados, ni nuestra contemplación demasiado profunda, ni nuestros corazones demasiado amorosos y adoradores.

Amados, consideren por un momento, los fines que se lograron mediante el derramamiento de la sangre de Cristo. A menudo, estimamos el valor de un medio por el fin que se logra. La expiación de Cristo fue para satisfacer las demandas del gobierno moral de Dios. Por el pecado del hombre, su santidad había sido ofendida, su autoridad despreciada, sus sanciones, leyes y mandamientos ultrajados. Sobre toda su gloria había pasado una nube. El propósito eterno de Dios era salvar al hombre. Pero sólo podía salvarlo por medio de un recurso<sup>1</sup> que eliminara esa nube que ensombrecía la gloria, y la hiciera brillar con un lustre más profundo y más resplandeciente. El recurso que satisfaría así las exigencias del gobierno divino, debía ser divino.

La expiación que uniría la justicia con la misericordia y la santidad con el amor, en la salvación de la Iglesia, debía ser infinita en su carácter e inestimable en su valor. Tales eran, en pocas palabras, los dos grandes fines que debían asegurarse y que se aseguraron mediante la ofrenda del Señor Jesucristo. Visto sólo bajo esta luz, ¡cuán preciosa aparece la sangre de Cristo! La sangre que pudo armonizar los atributos divinos — sostener la justicia del gobierno divino, haciendo honorable y glorioso en Dios, salvar al hombre pecador— tiene que ser preciosa.

---

<sup>1</sup> **Recurso** – Un medio para un fin.

Es sangre preciosa porque es, virtualmente, la “sangre de Dios”. Ésta es una expresión fuerte, pero bíblica. Pablo, en su discurso de despedida a los ancianos efesios, la emplea: “...la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hch. 20:28)<sup>2</sup>. Esto [es lo que] imprime a la sangre expiatoria del Salvador tanta dignidad y virtud —es la sangre de Jehová-Jesús—. Posee todo el valor y la gloria de la Divinidad —toda la virtud divina y la eficacia de la Deidad—. De esto, deriva su poder para satisfacer, su virtud para expiar, su eficacia<sup>3</sup> para limpiar. Y ésta es la razón por la que *una gota* de esta preciosa sangre, cayendo sobre una conciencia cargada de pecado, disuelve en un momento, la pesada carga y, al creer, llena el alma de gozo y paz. Y ésta es la razón por la que no existe una mancha de culpa humana que la sangre expiatoria de Emanuel no pueda borrar<sup>4</sup> completamente y para siempre. Por eso, en una palabra, es la sangre la que “nos limpia de TODO pecado” (1 Jn. 1:7).

Pero de ello se deduce que es la sangre de una *humanidad* pura y sin pecado, y esto, de ninguna manera, disminuye nuestra idea de su preciosidad. Un misterio profundo, lo admitimos, es la encarnación<sup>5</sup> de Dios. Pero... vayamos a Belén y observemos esta gran visión —no para razonar, sino para creer; no para comprender, sino para adorar—. ¡Cuán grande es la locura del hombre en su esfuerzo por sondear las profundidades de la infinitud de Dios! Aquí, entonces, existe un elemento esencial de preciosidad en la sangre de Cristo: Fluyó de arterias intactas, no contaminadas por el virus del pecado, de una humanidad sobre la que no había caído ni un soplo de contaminación. “No conoció pecado” (2 Co. 5:21). Engendrado por el Espíritu Santo, Él era ese “Santo Ser” nacido de una virgen (Lc. 1:35). “Santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (He. 7:26) —Él vino al mundo, vivió en él, murió en él y ascendió tan puro e inmaculado<sup>6</sup> como la Deidad que Él encarnaba—. Su divinidad no llevaba el vellón<sup>7</sup> manchado, no estaba revestida con el

<sup>2</sup> **Nota del editor** – Nuestro Dios soberano es espíritu eterno y no tiene sangre humana. Sin embargo, “en Hechos 20:28, el Dios-hombre es llamado ‘Dios’ y se le atribuyen características humanas, a saber, la sangre y los dolores de la muerte. ‘Apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre’. El término *Dios* aquí, denota a Dios encarnado... En este uso, la frase eclesialística *sangre de Dios* es apropiada” (Shedd, Teología dogmática [*Dogmatic Theology*], 650).

<sup>3</sup> **Eficacia** – Poder para producir un efecto deseado; efectividad.

<sup>4</sup> **Borrar** – Cancelar; perdonar.

<sup>5</sup> **Encarnación** – (latín: *incarnatio* “tomar carne”). “El acto por el cual el eterno Hijo de Dios, la Segunda Persona de la santísima Trinidad, sin dejar de ser lo que es, Dios Hijo, tomó en unión consigo mismo lo que antes de ese acto no poseía, una naturaleza humana, y así, [Él] fue y continúa siendo Dios y hombre en dos naturalezas distintas y una sola persona, para siempre” (*Catecismo Menor de Westminster*, Pregunta 21). (Walter Elwell, ed., Diccionario evangélico de teología [*Evangelical Dictionary of Theology*], 601).

<sup>6</sup> **Inmaculado** – Sin mácula, impecable; puro. En el caso de Cristo, libre del pecado original.

<sup>7</sup> **Vellón** – La lana de un cordero, carnero u oveja.

ropaje leproso de nuestra naturaleza caída, apóstata y pecaminosa. Un Salvador santo ofreció una expiación sin pecado por el hombre impío y pecador. De ahí, la *preciosidad* de su sangre.

Amados, mírenla bajo esta luz y dejen que sus corazones resplandezcan con amor, adoración y alabanza, mientras se arrodillan ante la cruz y sienten el destilar de esa sangre sobre sus conciencias, la cual perdona, cubre y anula todas sus culpas. Desde este punto de vista de la preciosidad esencial de la sangre de Cristo, consideremos *su preciosidad para Dios*.

Las minuciosas instrucciones que Dios dio con respecto [a la ley de la era levítica], marcaron el carácter sagrado y el significado de la sangre ante sus santos ojos. ¿Podemos suponer por un momento que la sangre de la expiación ofrecida en la cruz del Calvario, no debería ser de un valor y una preciosidad aún más infinitos para Dios? Amados... en la hora de la muerte, encontraremos que esto es lo más esencial, el mayor soporte y consuelo —la preciosidad y la aceptabilidad para Dios de ese divino sacrificio por el pecado en el cual, en ese terrible momento, estamos confiando— saber entonces, que Dios está muy complacido con esa sangre sobre la cual descansamos como pobres pecadores culpables a punto de comparecer en la eternidad y que, en *su* aceptación, *nosotros* somos aceptados. Por su virtud, somos lavados más blancos que la nieve y... por su mérito, compareceremos ante Dios en justicia —ciertamente, con esta verdad atestiguada por el Espíritu Santo en nuestras almas, la muerte no tendrá ningún aguijón y la tumba ningún terror—.

La sangre expiatoria de Cristo debe ser preciosa para el Padre porque es la sangre de su propio Hijo. Existía una relación esencial, estrecha y entrañable entre la Víctima y el Oferente. ¿Es la sangre de un niño preciosa para el corazón de un padre? Así de preciosa era la sangre de Jesús para Dios. ¡Oh, creo que si alguna vez Dios amó a su Hijo, lo amó *entonces!* Contemplando desde su trono de gloria la terrible escena de la tierra, vio al Hijo que habitaba en su seno desde la eternidad, clavado en el madero maldito, sufriendo el justo por el injusto, vindicando la rectitud<sup>8</sup> de su gobierno y derramando su santa alma hasta la muerte para llevarnos a Dios.

Pero no sólo estaba en Dios el sentimiento de afecto paterno, sino que también [estaba] en el sacrificio de su amado Hijo. Contempló la salvación de su Iglesia, plena y eternamente asegurada. En esa corriente vital, veía la vida, la vida espiritual y eterna, de su pueblo. Su amor eterno había encontrado un canal adecuado y apropiado, a través del cual podía fluir hasta el más vil pecador... Y cuando Dios levantó a su Hijo de la

---

<sup>8</sup> **Rectitud** – Integridad moral.

tumba, lo exaltó a la gloria, lo colocó a su diestra y luego, envió al Espíritu Santo, el sello de su aceptación fue puesto en su propio sentido profundo de la preciosidad de la sangre de Cristo. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10). Alma temblorosa, acércate a esta expiación. Dios la ha aceptado —¿no lo harás tú?—. Ciertamente, puedes confiar con seguridad y esperanza en ese sacrificio con el cual Él se ha declarado complacido. Nunca te excederás en acercarte a él con demasiadas esperanzas, confiar en él de manera demasiado implícita, creer en él con demasiada sencillez, regocijarte en él con demasiado fervor. Es precioso para Dios y, en virtud de su preciosidad, tu persona es preciosa, tus oraciones son preciosas, tus ofrendas de amor son preciosas —fragantes para Él “como el olor del campo que Jehová ha bendecido” (Gn. 27:27)—. Suplica sólo por la preciosa sangre de Cristo para renovar el perdón, invócala como argumento en la oración, y saca de ella el motivo para entregarte a Dios como un sacrificio santo y vivo; y no dejarás de ser aceptado por el Santo.

Pero hay otra visión de nuestro tema que ilustra el carácter entrañable de la sangre de Cristo. No sólo es preciosa para Dios, sino que también *es preciosa en la experiencia del creyente*. Dios hará precioso para su pueblo [lo que] es precioso para Él mismo. Él hará que sus corazones quieran lo que es querido para Él mismo. Es preciosa para los santos porque es la sangre de su Gran Sumo Sacerdote. No había relación personal entre el sacrificio y el sacerdote bajo la dispensación levítica. Pero... vemos en la sangre de Cristo, la sangre de Aquel que está con nosotros en las variadas y tiernas relaciones de un sacerdote, un pastor, un amigo, un hermano, un pariente, un redentor. Oh, viajar a la cruz y contemplar en ese ilustre Sufriente a Aquel que combinaba en Sí mismo, toda relación entrañable, tierna y preciosa. No era un extraño Aquel que colgaba allí... Era nuestro Hermano Mayor, nuestro [Redentor], nuestro Amigo. ¡Cuán preciosa debe ser, entonces, esa sangre para nuestros penitentes, creyentes y amorosos corazones! ¡Con qué reverencia debemos hablar de ella, con qué fe debemos confiar en ella, con qué gratitud debemos acogerla y con qué santidad de vida debemos manifestar su alabanza!

Como toda su Salvación, debe poseer una indescriptible preciosidad para el creyente. No hay salvación para el alma, sino en la sangre expiatoria de Emanuel. Cualquier otra cosa que se presente como tal, es un engaño y una trampa. El bautismo no es nada aquí. Los sacramentos no son nada aquí. El poder sacerdotal no es nada aquí. Las obras del mérito humano no son nada aquí. La sangre de Cristo —el propio recurso de Dios— es incomparable y única, la *única* esperanza de un pecador perdido. La enseñanza y la autoridad de la Palabra de Dios son decisivas y

definitivas en este momento y vital punto. Se declara que el sacrificio de Cristo es una “propiciación por medio de la fe en su sangre” (Ro. 3:25); “estando justificados en su sangre” (Ro. 5:9); “tenemos redención por su sangre” (Ef. 1:7); “para santificar al pueblo mediante su propia sangre” (He. 13:12); que “nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Ap. 1:5); “estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios” (Ap. 7:14-15). En estas declaraciones... está inscrita la gran verdad esencial —LA SALVACIÓN ES SÓLO POR LA SANGRE EXPIATORIA DE CRISTO—.

Ésta es la “Piedra” que es desechada por todos los que buscan otro camino al cielo —que construyen su esperanza sobre la arena— un camino cuyo fin es la muerte. Pero “en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). Ante el poder y la gloria de este único y precioso nombre, toda religión falsa desaparecerá; y ante ÉL, se doblará toda rodilla. Alrededor del lecho de un moribundo, el andamiaje de todos los sistemas eclesiásticos cae, dejando al hombre que ha depositado todo en él con una esperanza fantasmal. Pero para esa alma que parte, para quien el sabor, el poder y la preciosidad del nombre de Jesús es como una unción que derrama su fragancia en la habitación donde la enfermedad y la muerte luchan uniendo sus fuerzas contra la vida, ¡oh, cuánto apoyo, consuelo y esperanza inspira la preciosa sangre de Cristo, la cual se siente en ese momento terrible, cuando las transgresiones de una vida se amontonan en la memoria, para limpiarla de *todo* pecado!

[Ésta] no es la visión menos preciosa para los santos de Dios que este [artículo] presenta, de la sangre expiatoria de Cristo —a saber, *su voz y su poder en el cielo*—. Ésta es una verdad deliciosa y santificadora: La súplica de la sangre detrás del velo que ahora separa a los santos del Altísimo en la tierra, de la gloria del santuario superior e interior. Nuestro gran Sumo Sacerdote ha traspasado ese velo [y] ha entrado en ese santuario, llevando en sus manos la sangre que ÉL derramó en el Calvario. Y con esa sangre —basando su intercesión en su divina e inmutable eficacia— ÉL ruega por la Iglesia con una intercesión individual, momentánea e incesante...

Aquí, entonces, la sangre es una de las cosas preciosas de Dios: El preciosísimo Cristo está sentado a la diestra de Dios, envuelto en la nube de incienso de sus méritos, orando por ti con una intercesión incesante y exitosa. En medio de tus pruebas y fatigas, de tus tentaciones y pecados, de tus deseos y aflicciones, de tus temores y temblores, la voz de la sangre de Emanuel habla por ti en el cielo, y esa voz se hace eco de

vuelta a la tierra en los socorros, sustentos y alivios, en la fuerza, la gracia y el amor que sus súplicas te aseguran abajo.

¡Qué bálsamo para *la conciencia afligida por el pecado* es la preciosa sangre de Cristo! No crece en el universo, otro árbol cuyo [bálsamo] pueda sanar la conciencia herida, sino este Árbol de la Vida —un Salvador crucificado—. ¡Oh, cuidado, amado lector, con una curación falsa!... No hay [bálsamo] para una conciencia herida, sino el que emana de las heridas de Cristo... ¿No es éste el oficio especial y la misión de gracia de Jesús? Escucha sus preciosas palabras: “Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón” (Lc. 4:18). ¡Oh, que deleite el de un corazón quebrantado por el pecado, así aliviado, vendado y sanado por “la sangre preciosa de Cristo”! ¿Quién no clamaría: “¡Señor, somete, quebranta, disuelve mi corazón por el pecado!, que su dolor nunca fuera tan profundo, [angustioso] y amargo que [no] pueda ponerse en contacto con la virtud, la paz y la preciosidad de tu preciosísima sangre”? Una vez más, te lo suplicamos: ¡Cuidate de una curación *espuria*<sup>9</sup>! Recuerda, ninguna lágrima puede curar una conciencia herida; ninguna confesión puede curarla; ningún sacramento puede curarla; ningún ministro puede curarla. Nada en este vasto universo puede sanarla, sino la preciosa sangre expiatoria de Cristo. *Eso* puede sanarla en un momento. Puede borrar, no sólo el más leve aliento de culpa de la atribulada conciencia, sino que puede lavar la más profunda, oscura y sucia mancha de pecado que jamás haya existido en el alma humana... Y entonces tú, ¿dudarás en creer?...

¿Te estás acercando a las solemnidades de una hora agonizante? ¡Oh, apártate ahora de todo, menos de la preciosa sangre de Cristo! Suelta todo objeto, excepto la cruz. Abandona tu atención sobre iglesias y credos, deberes y ordenanzas, ministros y santos, y deja que *un objeto* absorba cada pensamiento, sentimiento y deseo —llenando todo el ámbito del breve y solemne espacio que ahora divide el tiempo de la eternidad— ¡LA PRECIOSA SANGRE DE CRISTO! Apóyate en ella con una fe sencilla. Mírala con el ojo más débil y tenue de la fe, y hablará perdón, paz y gozo a tu alma, revelando a tu espíritu que parte, una esperanza radiante de inmortalidad.

Tomado de La preciosidad de la sangre de Cristo en Las cosas preciosas de Dios (*The Preciousness of Christ's Blood in The Precious Things of God*), Soli Deo Gloria, una división de Reformation Heritage Books, [www.heritagebooks.org](http://www.heritagebooks.org).

---

**Octavius Winslow (1808-1878):** Pastor inglés no conformista.




---

<sup>9</sup> **Espuria** – Falsa, no auténtica.

# LA REDENCIÓN DE CRISTO

John Murray (1898-1975)

**N**INGUNA categoría está más profundamente inscrita en la conciencia de la iglesia de Cristo que la de la redención. Ningún cántico de los santos es más característico que la alabanza de la redención por la sangre de Jesús: “Tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación” (Ap. 5:9).

**La redención ve la expiación desde su propio aspecto distintivo.** El *sacrificio* ve la expiación desde la perspectiva de la culpa, la *propiciación* desde la de la ira, la *reconciliación* desde la de la alienación<sup>1</sup>. La redención tiene en vista la *esclavitud* a la que nos ha relegado el pecado y ve la obra de Cristo, no simplemente como liberación de la esclavitud, sino en términos de *rescate*. La palabra de nuestro Señor establece este significado: “El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en *rescate* por muchos” (Mt. 20:28; cf. Mr. 10:45). Hay tres proposiciones que yacen en la faz de esta declaración. (1) La obra que Jesús vino a realizar fue la del rescate. (2) La entrega de su vida fue el precio del rescate. (3) Este precio de rescate fue sustitutivo en carácter y designio. Es esta misma idea, mediante el uso de la misma raíz griega en diferentes formas, la que aparece en la mayoría de los pasajes del Nuevo Testamento que tratan de la redención (Lc. 1:68; 2:38; 24:21; Ro. 3:24; Ef. 1:7; Col. 1:14; 1 Ti. 2:6; Tit. 2:14; He. 9:12, 15; 1 P. 1:18). En algunos otros pasajes, se usa un término diferente, pero también transmite la idea de compra (1 Co. 6:20; 7:23; Gá. 3:13; 4:5; 2 P. 2:1; Ap. 5:9; 14:3-4). Por lo tanto, el lenguaje de la redención es el de *asegurar la liberación mediante el pago de un precio* y es este concepto el que se aplica, expresamente, a la entrega de la vida de Jesús y al derramamiento de su sangre. Jesús derramó su sangre para pagar el precio de nuestro rescate. La redención no puede reducirse a términos menores.

Puesto que la palabra de nuestro Señor (Mt. 20:28; Mr. 10:45) establece los puntos para la doctrina de la redención y puesto que Él representó la entrega de su vida como el precio del rescate, nosotros estamos preparados para el énfasis que recae sobre la *sangre* de Cristo como el medio del cumplimiento redentor. “Tenemos redención por su sangre” (Ef. 1:7; cf. Col. 1:14). “Fuisteis rescatados”, dice Pedro, “no con cosas

---

<sup>1</sup> **Alienación** – Distanciamiento, alejamiento, apartamiento.

corruptibles como oro o plata... sino con la sangre preciosa de Cristo” (1 P. 1:18-19). “Por su propia sangre, [Jesús] entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (He. 9:12). Y Jesús, como Mediador del nuevo pacto, aplicó su muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto (He. 9:15). El nuevo cántico de los redimidos es: “Tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios” (Ap. 5:9). No podemos dudar, entonces, de que cuando Pablo dice: “Habéis sido comprados por precio” (1 Co. 6:20; 7:23), el precio no es otro que *la invaluable sangre de Cristo...* No puede haber duda entonces, de que la muerte de Cristo, con todas sus implicaciones, como consecuencia de su identificación vicaria con nuestros pecados, es lo que redime —y redime de la forma requerida y apropiada para el concepto redentor, a saber, mediante el *precio del rescate*—. Aquello de lo que se nos representa como liberados, da a entender la esclavitud que la redención tiene en vista. Como era de esperar, hay varios aspectos en los que debe interpretarse<sup>2</sup> esta esclavitud. Esta diversidad de aspectos y la correspondiente multiplicidad de virtudes propias de la muerte de Cristo son confirmadas por el testimonio de la Escritura.

**1. La redención del *pecado*:** Que la liberación o salvación del *pecado* es básica en la acción salvífica de Cristo, no necesita demostración. Basta recordar que éste es el significado del nombre “Jesús” (Mt. 1:21). Y el título “Salvador” es con el que se le identifica frecuentemente —Él es el Señor y Salvador Jesucristo—. La acción salvífica abarca mucho más de lo que se especifica expresamente en el término *redención*. Todas las categorías en las que se define la expiación sostienen una relación directa con el pecado y sus deudas. Y, aparte de las declaraciones expresas a este efecto, tendríamos que entender que, si la redención contempla nuestra esclavitud y asegura la liberación por el rescate, se debe ver que la esclavitud surge del pecado... Aunque la relación con nuestros pecados no se declara expresamente, está igualmente implícita cuando la redención por medio de la sangre de Jesús es definida como “el perdón de pecados” (Ef. 1:7; cf. Col. 1:14)... Puesto que la referencia al pecado es evidente en estos pasajes, nos vemos obligados a inferir que, en otros en los que no se menciona el pecado, éste es, sin embargo, la deuda asumida que hace necesaria la redención y le da carácter (cf. Ro. 3:24; 1 Ti. 2:6; He. 9:12)... La esclavitud que el pecado supone para nosotros es triple: Culpa, contaminación y poder. Los tres aspectos entran en el ámbito de la redención obrada por Cristo. No sería factible<sup>3</sup> dissociar ninguno de estos aspectos de los pasajes que reflexionan sobre la realización redentora de Jesús. Pero es muy posible que el pensamiento

<sup>2</sup> **Interpretarse** – Entenderse.

<sup>3</sup> **Factible** – Capaz de hacerse; posible.

se enfoque, más particularmente, en un aspecto en algunos pasajes y, en otro [aspecto], en otros pasajes. En Romanos 3:24, debido al contexto, no cabe duda de que se trata de la provisión del pecado como *culpa*. Lo mismo ocurre en Efesios 1:7. En Tito 2:14, probablemente, se contempla el pecado como *culpa* y *contaminación*. Debido a que el aspecto del pecado como *poder* se descuida con tanta frecuencia, es necesario dedicar más atención a esta característica de la enseñanza bíblica.

Este aspecto fue, sin duda, el más importante en la mente de Zacarías cuando dijo: Porque Él “ha visitado y redimido a su pueblo” (Lc. 1:68). En los versículos siguientes, las referencias al “poderoso Salvador” y a la “salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos aborrecieron” (Lc. 1:69, 71), indican que la expresión más antigua de la esperanza redentora en el Nuevo Testamento [fue] interpretada en términos de liberación [y] entendida en términos de redención (cf. Lc. 2:38). El conocimiento del Antiguo Testamento mostrará que la fe en Jesús que reflejan estos primeros testigos, estaba enmarcada en términos de esa misma categoría que ocupa un lugar tan destacado en la religión del Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento está impregnado del lenguaje de la redención. Es particularmente la liberación de la esclavitud de Egipto, lo que da forma al significado de la redención en el antiguo pacto. Aunque la redención se aplicó a Abraham (Is. 29:22) y, aunque Jacob también podía utilizar el lenguaje de la redención (Gn. 48:16), es el éxodo de Egipto lo que constituye *por excelencia* la redención del Antiguo Testamento. La garantía dada a Moisés fue: “Yo soy JEHOVÁ; y yo os sacaré de debajo de las tareas pesadas de Egipto, y os libraré de su servidumbre, y os redimiré con brazo extendido, y con juicios grandes” (Éx. 6:6) y el canto de liberación fue: “Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste” (Éx. 15:13). Los libros posteriores, abundan en alusiones en términos similares (cf. Dt. 7:8; 9:26; 13:5; 21:8; 24:18; 1 Cr. 17:21; Sal. 77:15; 106:10; Is. 43:1; 63:9; Mi. 6:4). Y Dios mismo, no tiene un nombre más [profundamente lleno] de significado para el consuelo de su pueblo que el de Redentor (cf. Sal. 19:14; Is. 41:14; 43:14; 47:4; 63:16; Jer. 50:34). La riqueza de la promesa mesiánica de que el Redentor vendría a Sion (Is. 59:20) es elocuente<sup>4</sup>. Este testimonio del Antiguo Testamento proporciona el trasfondo de la fe del Nuevo Testamento, expresada en Lucas 1:68; 2:38. No debería sorprendernos, por tanto, que en el Nuevo Testamento, la muerte de Cristo sea representada como algo que afecta, directamente, al archienemigo del pueblo de Dios y al poder del propio pecado. El pecado como poder, nos

---

<sup>4</sup> **Elocuencia** – Facultad de hablar o de expresarse de manera fluida, apropiada y convincente.

lleva al cautiverio y Satanás como príncipe de las tinieblas y dios de este mundo, ejerce su dominio y nos somete a esclavitud.

Con respecto al poder de Satanás, tenemos referencias explícitas a la victoria lograda por la muerte de Jesús en Juan 12:31; Hebreos 2:14; 1 Juan 3:8. Y Colosenses 2:15, se refiere al triunfo obtenido sobre los principados de maldad (*cf.* Ef. 6:12). Es significativo que la primera promesa se refiriera a la destrucción de la serpiente (Gn. 3:15) y que la consumación llevara consigo la expulsión de la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, al lago de fuego (Ap. 20:10)... No podemos disociar el engaño de Satanás como dios de este mundo que ciega el entendimiento de los incrédulos (2 Co. 4:4), de la vana manera de vivir de la cual, la preciosa sangre de Cristo redime (1 P. 1:18). En el centro del cumplimiento redentor de Cristo, por tanto, está la emancipación de la [esclavitud] del engaño y el poder de Satanás.

No podemos disociar el poder del pecado del abrazo de la redención de la que se habla, expresamente, en varios de los pasajes ya citados (*cf.* Tit. 2:14; 1 P. 1:18). Pero cuando se reflexiona, particularmente, sobre el poder del pecado, la consideración más relevante para la liberación es la verdad de que aquellos por quienes Cristo murió, también son representados como habiendo muerto *en Él* y *con Él* (Ro. 6:1-10; 7:1-6; 2 Co. 5:14-15; Ef. 2:1-7; Col. 2:20; 3:3; 1 P. 4:1-2). De importancia básica, en este sentido, es el hecho de que Cristo, en sus compromisos vicarios, nunca puede ser concebido al margen de aquellos en cuyo nombre cumplió estos compromisos y, por tanto, cuando murió, estaban unidos a Él en la virtud y eficacia de su muerte. Pero cuando Él murió, “al pecado murió una vez por todas” (Ro. 6:10). Los que estaban en Él, también murieron al pecado (Col. 2:20; Ro. 6:2-4; 2 Co. 5:14) y, si murieron al pecado, murieron al poder del pecado. Ésta es la garantía de que aquellos que están unidos a Cristo no serán gobernados por el poder del pecado (Ro. 6:11, 14; 1 P. 4:1-2). Sería forzado interpretar este preciso aspecto de nuestra relación con la muerte de Cristo y de nuestra liberación del poder del pecado, en los términos de la redención. Sin embargo, no hay otro momento más apropiado para presentarlo. Nuestra muerte al pecado está ligada a la muerte de Cristo en nuestro favor (*cf.* 2 Co. 5:14) y, a esta última, se aplica, claramente, el concepto redentor.

**2. Redención de la maldición de la Ley:** La maldición de la Ley no significa que la Ley sea una maldición. La Ley es santa, justa y buena (Ro. 7:12); pero, por ser así, impone una pena por cada infracción de sus demandas. La maldición de la Ley es la maldición que pronuncia sobre los *transgresores* (Gá. 3:10). La sanción penal<sup>5</sup> de la Ley es tan [imposible

---

<sup>5</sup> Sanción penal – Pena legal.

de quebrantar] como sus demandas. A esta sanción que recae sobre nosotros, se dirige la redención. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gá. 3:13). En ninguna parte de la Escritura, se describe el precio de la redención con más fuerza que en este texto. Nos recuerda que el costo no fue, meramente, la muerte de Cristo y el derramamiento de su sangre, sino todo esto, en el momento de la vergüenza del Gólgota —Él fue “hecho por nosotros maldición”—. No podemos medir la intensidad del reproche ni comprender la humillación. Permanecer impasible ante tal espectáculo, es ser insensible a las sanciones de la santidad, a las maravillas del amor y al asombro de los ángeles... En Gálatas 4:5, lo que se ve, específicamente, es la redención de la esclavitud de la ley ceremonial (cf. Gá. 3:23-4:3). Fue al ser puesto bajo esta ley que Cristo redimió a los que estaban sometidos a ella. Él consiguió esta liberación porque, Él mismo, cumplió toda la verdad que se exponía, simbólica y tipológicamente, en las disposiciones de la economía levítica. Estas disposiciones no eran sino sombras de las cosas buenas que habían de venir y cuando apareció lo que prefiguraban, no hubo necesidad ni lugar para las sombras mismas. Esta redención tiene el significado más completo para todos. Por [la fe en] Jesús, todos sin distinción, entran en el pleno privilegio de hijos sin la necesidad de la tutela disciplinaria<sup>6</sup> ministrada por los ritos y ceremonias mosaicos. Ésta es la cúspide del privilegio y la bendición asegurada por la redención de Cristo: Nosotros recibimos la adopción.

En varias ocasiones en el Nuevo Testamento, el término *redención* denota la consumación de la bienaventuranza realizada en el advenimiento de Cristo en gloria (Lc. 21:28; Ro. 8:23; 1 Co. 1:30; Ef. 1:14; 4:30). Esto muestra cuán estrechamente relacionada con la redención realizada por la sangre de Jesús, está el fruto final del proceso de salvación y cómo la gloria que espera al pueblo de Dios está condicionada por el pensamiento de la redención.

Tomado de La expiación (*The Atonement*), usado con permiso de P&R Publishing, P O Box 817, Phillipsburg, N.J. 08865, [www.prpbooks.com](http://www.prpbooks.com).



---

<sup>6</sup> **Tutela disciplinaria** – Instrucción y disciplina proporcionada por un tutor o guardián.

# LA EXITOSA MUERTE DE CRISTO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

*“Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”  
(Lucas 19:10).*

**U**STEDES están al tanto de que ha habido una gran discusión entre todos los cristianos acerca de la redención de nuestro Señor Jesucristo. Hay una clase de hombres que creen en lo que se ha llamado *redención general*, afirmando que es una verdad indudable que Jesucristo derramó su sangre por cada hombre y que la intención de Cristo en su muerte, fue la salvación de los hombres considerados en su conjunto. Sin embargo, aquellos tienen que pasar por alto el hecho de que, en este caso, la intención de Cristo se vería frustrada, en cierta medida. Otros de nosotros, sostenemos lo que se llama la doctrina de la *redención particular*. Concebimos que la sangre de Cristo fue de un valor infinito, pero que la intención de la muerte de Cristo nunca fue la salvación de todos los hombres porque si Cristo hubiera designado la salvación de todos los hombres, afirmamos que todos los hombres habrían sido salvos. Nosotros creemos que la intención de la muerte de Cristo es igual a sus efectos y, por lo tanto, comienzo esta mañana anunciando lo que considero una verdad evidente: Cualquiera que haya sido la *intención* de Jesucristo al venir al mundo, esa intención, ciertamente, se cumplirá...

**En primer lugar, me parece inconsistente con la idea misma de Dios que Él se proponga algo que no ha de cumplirse.** Cuando miro al hombre, lo veo como una criatura tan distraída por la locura y tan desprovista de poder que no me extraña que, a menudo, comience a construir y no sea capaz de terminar. No me sorprende que, a menudo, se detenga porque no ha calculado el costo. No me asombra, cuando pienso en todo lo que está por fuera del control del hombre, que, a veces, se proponga, pero que Dios disponga de manera muy diferente a su propuesta... Pero cuando pienso en Dios, cuyo nombre es “YO SOY EL QUE SOY” (Éx. 3:14), Quien existe por Sí mismo, en Quien “vivimos, y nos movemos, y somos” (Hch. 17:28), Quien es desde siempre y para siempre, el Dios Todopoderoso; cuando pienso en Él como Aquel que llena la inmensidad, que tiene todo el poder y la fuerza, que conoce todas las cosas, que tienen plenitud de sabiduría, no puedo asociar con tal idea de Dios, la suposición de que, alguna vez, falle en cualquiera de sus intenciones. Me parecería que un

dios que pudiera tener la intención de hacer algo y fallar en su intención, no sería un dios, sino algo como *nosotros mismos* —tal vez superior en fuerza, pero ciertamente, sin derecho a adoración—. De todos modos, no puedo pensar en Dios como un Dios verdadero y real... excepto como un ser *que quiere* y se cumple, *que habla* y se hace, *que ordena* y se mantiene firme para siempre, establecido en el cielo. Por lo tanto, no puedo imaginar, dado que Jesucristo es el Hijo de Dios, que su verdadera intención y deseo, en su expiación y redención, puedan ser frustrados de alguna manera. Si yo... creyera que Jesucristo era un simple hombre, podría, por supuesto, imaginar que el resultado de su redención fuera incierto. Pero creyendo que Jesucristo [es] Dios verdadero de Dios verdadero, igual y coeterno con el Padre, no me atrevo a asociar a ese nombre de Jehová-Jesús, ninguna sospecha de que el designio de su muerte quede sin cumplir, no sea que me haga culpable de presunción y blasfemia.

**Pero de nuevo, tenemos ante nosotros, el hecho de que hasta ahora, todas las obras de Dios han cumplido su propósito.** Cada vez que Dios ha pronunciado una profecía por boca de sus siervos, ciertamente, [ha sucedido]... Cada palabra de Dios, ciertamente, se ha cumplido. “Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos” (Sal. 2:2-4). Sin embargo, Él hizo su voluntad soberana. ¡Qué ellos hagan como les plazca, Dios está sobre todos ellos, reinando y gobernando para siempre! Entonces, si el propósito de Dios en la providencia, ciertamente, nunca ha sido frustrado, ¿imaginaría yo que el propósito de Dios en el glorioso sacrificio de Jesucristo, será nulo y sin efecto? Si hay alguno de ustedes que ha llegado a tal desviación del intelecto como para concebir que habiendo sido cumplida una obra menor, una obra mayor fracasará, debo dejarlos solos: No podría razonar con ustedes. Creo que son incapaces de argumentar. Ciertamente, si Dios, el Amo, el Juez, el Rey, ha hecho en todas las cosas, según su propio beneplácito en este mundo inferior —en la mera creación y preservación de los hombres— no se puede soñar, ni por un momento, que cuando Él se inclina desde lo más alto del cielo para dar la sangre de su propio corazón por nuestra redención, será frustrado en eso. No, aunque la tierra y el infierno estén contra Él, *itodo* propósito de Jesús en la cruz, será consumado!... Así como los medios fueron plenamente provistos, así, el fin será cumplido hasta su última jota y tilde.

**Pero, de nuevo, les invito a que se pongan al pie de la cruz y contemplen a Jesucristo.** Y entonces, les preguntaré si pueden imaginar que Jesucristo, en *alguna medida*, pudo haber muerto en vano. Ven, creyente,

ubícate en el huerto de Getsemaní; escóndete entre esos olivos oscuros y escucha allí, a aquel hombre en su agonía. ¿Oyes esos gemidos? Son los gemidos [del] Dios encarnado. ¿Oyes esos suspiros? Son los suspiros del Hijo del hombre —“Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Ro. 9:5)—. ¿Oyes ese fuerte llanto y ves esas lágrimas? Son el llanto y las lágrimas de Aquel que es igual a su Padre, pero que condescendió a ser hombre (Fil. 2:5-8). Levántense porque Él ha resucitado. Judas lo ha traicionado y se lo han llevado. Mira en aquel suelo. ¿Ves esas gotas de sangre? Es el sudor sangriento del hombre Cristo Jesús. Te conjuro<sup>1</sup>: Responde a esta pregunta. De pie en el huerto de Getsemaní, con esas gotas de sangre manchando la blanca escarcha de aquella fría medianoche, ¿puedes creer que uno de esos coágulos<sup>2</sup> de sangre caerá al suelo y no cumplirá su propósito? Te reto, oh cristiano, cualesquiera que sean tus opiniones doctrinales, a que digas “sí” a una pregunta como esa. ¿Puedes imaginar que un sudor de sangre de las venas de la Deidad encarnada, caiga alguna vez al suelo y *fracase*? Porque, amado, la palabra de Dios que sale de su boca no volverá a Él vacía, sino que realizará lo que a Él quiere (Is. 55:11). ¡Cuánto más el GRAN VERBO de Dios... cumplirá el propósito para el cual Dios lo envió y prosperará en aquello para lo cual Dios quiso ordenarlo!

**Pero ahora, venid conmigo a la sala del juicio.** Mira allí a tu Maestro siendo burlado en medio de una obscena<sup>3</sup> banda de soldados. ¿Ves cómo escupen en esas mejillas benditas, cómo le arrancan el cabello, cómo lo abofetean? ¿Ves la corona de espinas con sus gotas de sangre carmesí? ¡Escucha con atención! ¿Puedes oír el grito de la multitud que dice: “Crucifícale, crucifícale” (Lc. 23:21)? Y ahora, de pie, mira a este hombre que Pilato acaba de sacar, sangrando todavía por el azote del látigo, cubierto de vergüenza, escupitajos y burlas, y así, te lo presentan: “He aquí el hombre” (Jn. 19:5), ¿crees que éste, el Hijo de Dios encarnado, se convertirá en tal espectáculo para los hombres, los ángeles y los demonios, y sin embargo, fracasará en su designio? ¿Puedes imaginar que un solo azote de ese látigo tenga un objetivo infructuoso? ¿Sufrirá Jesucristo esta vergüenza y escupitajos, y, sin embargo, soportará lo que sería mucho peor —*un fracaso en el cumplimiento de sus intenciones*—? ¡No, Dios no lo permita! En Getsemaní y Gabata<sup>4</sup>, estamos comprometidos con la firme creencia de que lo que Cristo designó con su muerte, ciertamente, debe cumplirse.

<sup>1</sup> **Conjurar** – Apelar solemnemente a.

<sup>2</sup> **Coágulos** – Literal en el original en inglés (“clots”).

<sup>3</sup> **Obsceno** – Ofensivamente abusivo; irreverente y vulgar.

<sup>4</sup> **Gabata** – Lugar en Jerusalén donde se llevó a cabo el juicio de nuestro Señor Jesucristo antes de su crucifixión (Jn. 19:13), probablemente, ubicado en el palacio de Herodes.

**Luego, de nuevo, mírenlo a Él colgando en su cruz.** Los clavos han atravesado sus manos y sus pies, y allí, bajo el sol abrasador, cuelga —cuelga para morir—. El escarnio no ha cesado: Todavía le injurian y le menean la cabeza. Todavía se mofan de Él, diciendo: “Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz” (Mt. 27:40). Y ahora, sus dolores corporales aumentan, mientras que la angustia de su alma es terrible —hasta la muerte—. Cristiano, ¿puedes creer que la sangre de Cristo fue derramada en vano? ¿Puedes mirar una de esas preciosas gotas mientras gotea de su cabeza, de sus manos o de sus pies, y puedes imaginar que caerá al suelo y perecerá allí?... Nunca puedo imaginar que el valor, el mérito, el poder de la sangre de Jesús se extinguirá o que su propósito quedará sin cumplirse. Me parece tan claro como el mediodía que el designio de la muerte del Salvador, ciertamente, debe cumplirse, sea como fuere.

Podría usar cientos de otros argumentos. Podría mostrar que cada atributo de Cristo declara que su propósito debe cumplirse. Ciertamente, Él tiene amor suficiente para cumplir su designio de salvar a los perdidos, pues tiene un amor que es insondable e infinito, como el abismo mismo. Él, ciertamente, no tiene objeción al cumplimiento de su propio designio porque “vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva” (Ez. 33:11). Ciertamente, el Señor no puede fallar por falta de poder porque donde se posee omnipotencia, no puede haber deficiencia de fuerza. Tampoco puede dejar de cumplirse el designio porque no fue sabio, pues los designios de Dios *no pueden* dejar de ser sabios, sencillamente porque son de Dios —es decir— son de sabiduría infinita. No puedo ver nada en el carácter de Cristo ni en nada en el ancho mundo que me haga imaginar, por un momento, que Cristo muriera y que, sin embargo, se dijera después: “Este hombre murió por un propósito y no vivió para verlo cumplido. El objetivo de su muerte sólo se cumplió parcialmente. Vio la aflicción de su alma, pero no quedó satisfecho, pues no redimió a todos los que tuvo la intención de redimir”.

Ahora, algunas personas aman la doctrina de la expiación universal porque dicen que es muy hermosa. Es una idea amorosa que Cristo haya muerto por todos los hombres. Según ellos, esta idea es muy loable para los instintos de la humanidad. Hay algo en ella lleno de gozo y belleza. Admito que sí, pero la belleza puede asociarse, a menudo, con la falsedad. Hay mucho que podría admirar en la teoría de la redención universal, pero sólo permítanme decirles lo que la suposición implica necesariamente. Si Cristo, en su cruz, tuvo la intención de salvar a todo hombre, entonces, Él tuvo la intención de salvar a aquellos que estaban condenados antes de que Él muriera porque, si la doctrina es verdadera

—que Él murió por todos los hombres— ¡Él murió por algunos que estaban en el infierno antes de que Él viniera a este mundo! Sin duda, había allí, miríadas de aquellos que habían sido desechados. Una vez más, si la intención de Cristo era salvar a todos los hombres, ¡cuán deplorablemente ha sido frustrada! Porque tenemos su propia evidencia de que hay un lago que arde con fuego y azufre, y en ese pozo, deben ser arrojadas algunas de las mismas personas que, según esa teoría, fueron compradas con su sangre. Eso me parece mil veces más espantoso que cualquiera de esos horrores que se dice que están asociados con la... doctrina cristiana de la redención particular. Pensar que mi Salvador murió por hombres que están en el infierno, me parece una suposición demasiado horrible para imaginarla —que Él fuera el Sustituto de los hijos de los hombres y que Dios, habiendo castigado primero al Sustituto, castigara de nuevo a los hombres— me parece que entra en conflicto con cualquier idea de justicia. Que Cristo ofreciera una expiación y satisfacción por los pecados de los hombres, y que después, esos mismos hombres sean castigados por los pecados que Cristo ya había expiado, me parece la monstruosidad más asombrosa que jamás podría haber sido imputada a... los demonios paganos más diabólicos. Dios nos libre de pensar así de Jehová, el justo y sabio. Si Cristo ha sufrido en lugar del hombre, Dios “es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9).

Tomado de un sermón predicado en la mañana del Sabbat del 11 de julio de 1858, en el Music Hall, Royal Surrey Gardens, Londres.

---

**Charles H. Spurgeon (1834-1892):** Predicador bautista inglés; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra.

